

La Esfera

29 Septiembre 1917

Año IV.—Núm. 196

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE SEÑORA, cuadro de Enrique Jaraba

DE LA VIDA QUE PASA  EL POETA DE LAS MUJERES

Alegorías de las doloras "El gaitero de Gijón" y "¿Quién supiera escribir!", que figuran en el monumento erigido a Campoamor en el Retiro

IGNORAMOS, al escribir el presente artículo, si el Centenario de Campoamor transcurrirá entre la indiferencia oficial ó profesional y si, por el contrario, Navia, cuna del poeta, y Asturias, su patria chica, así como las Academias de la Lengua y de Ciencias Morales y Políticas, á que perteneció el maestro, y el Ateneo, que enalteció tan frecuentemente—sobre todo en aquellas memorables polémicas sostenidas con el insigne Valera sobre *El personalismo* y *Lo absoluto*—, han saldado á estas horas la deuda de honor con el delicioso ingenio astur.

En todo caso, bueno será recordar el llamamiento que á esas corporaciones, al Gobierno y á la opinión letrada hicimos oportunamente desde *La Nación* en un artículo que los maestros Zozaya y Ortega Munilla tuvieron la bondad de comentar en *El Liberal* y en *La Nación* misma, patrocinando con su autoridad nuestros requerimientos entusiastas.

Mas contra olvidos oficiales y profesionales, este número de LA ESFERA, dedicado en gran parte al Centenario de Campoamor, marca, con la memoria de una vida honorable y bondadosa, la renovación pública de una obra original, fecunda y perenne. Porque la obra de Campoamor es hoy tan popular en los pregones callejeros como en el comentario de los hogares. Cada día se venden más las *Doloras*, las *Humoradas* y los *Pequeños poemas*: cada día se acrisolan, en la conversación particular más que en las citas literarias. Y se da la magnífica paradoja de que, mientras los Parnasillos de colaboración espontánea decretan la inferioridad poética de Campoamor, el público—especialmente las mujeres—se aburre con los genios contemporáneos y mantiene en el ara de sus devociones al creador de *¿Quién supiera escribir!*

¿A qué se debe tal predilección? Campoamor comparte con Bécquer el entusiasmo y la popularidad femenina, porque Bécquer fué «el poeta del amor», y Campoamor «el poeta de las mujeres». Por eso—lo hemos dicho más de una vez—las poesías de entrambos perduran con esa lozanía popular y esa fragancia callejera que, vanamente, han invocado poetas más elegantes ó más profundos.

En Campoamor, y también en Bécquer, el temperamento es un tirano del estilo. Ninguno de los dos padece esa fiebre de perfección retórica que ha malogrado tantas nobles sensibilidades. Por la sencillez descuidada de sus *Rimas* pudo transmitir Bécquer íntegra la humanidad de sus sollozos. Por la espontaneidad incorrecta

de las *Doloras* y *Humoradas* mantuvo Campoamor durante medio siglo ese «tácito diálogo» que se llama la popularidad.

Gustavo Adolfo fué un ingenuo, y Campoamor un indulgente. El poeta sevillano simboliza, como un estudiante ó un cadete, el gesto varonil de una florida primavera. El vate astur, como un mundano caballero ó como un confesor comprensivo, es la sazón poética de un otoño templado y paternal.

□□□

Toda la obra de Campoamor parece encaminada á curar las fiebres románticas con sus «ángeles del hogar», y las borracheras naturalistas con sus «demonios de perversión». Diríase que el poeta, dotado de harto buen sentido para delirar, y de suficiente espiritualismo para permanecer á ras de tierra, pone en su escudo literario, á guisa de mote, la divisa de Fontenelle: «Ni cielo ni tierra». De aquí el reproche de los inflamados y la burla de los fríos, Campoamor, para los románticos, es tal vez demasiado naturalista; para los partidarios del naturalismo, acaso es demasiado romántico. Los versificadores no perdonan á los poetas esa rara, pero indudable, cualidad humana que se llama ponderación, como los borrachos no perdonan á los que no beben el dominio de los dominios: el de sí propio.

Campoamor, pues, con el vasto testimonio humano niega que las mujeres sean «ángeles del hogar», y con la humana aspiración hacia lo divino, niega también que sean «demonios de perversión». Ni ángeles, ni demonios, sino mujeres. He aquí, probablemente, toda su filosofía, y acaso, acaso toda su estética literaria.

La sagacidad femenina pudo advertir bien pronto que un poeta tan sagaz sería su mejor intérprete. Y las mujeres, que, al contemplarse en las cornucopias románticas de Víctor Hugo y de Alfredo de Musset, no podían contener un mohín irónico, y al mirarse más tarde en las lunas zulescas de Naná no pudieron tampoco reprimir un gesto indignado, se vieron complacientemente copiadas en el fidelísimo espejo campoamorino, ni como «ángeles», ni como «demonios», sino sencilla, humanamente como mujeres.

En esta naturalidad poética, que es el don más excelso de Campoamor, hay como un equilibrio de lo real y de lo ideal. Ya dijo Goethe que la realidad «es el ideal venido á menos», y Renan que el ideal «es tan consubstancial en nosotros como la sed y el hambre». Campoamor,

para quien la filosofía «es una jaqueca de treinta siglos», tuvo la enemiga de los filósofos. Campoamor, para quien la gloria «es humo», había de tener también la enemiga de esos vanos profesionales de la gloria llamados «poetas de café». Pero el público, que no es poeta profesional, ni filósofo de los libros, porque siente la poesía de los hombres y la filosofía de la vida, buscó, con su inmortal instinto, la poesía de las *Doloras* y la filosofía de las *Humoradas*, que aún se yerguen sobre un pavé de poetas profesionales y de filósofos pedantescos amontonados en el «spoliarium» de los siglos.

Campoamor es «el poeta de las mujeres», no ya por conocerlas, sino más bien por comprenderlas. No es el «conocimiento», en el sentido filosófico de «cognitio», sino la comprensión, en el sentido humano y mundano de «estar al cabo de la calle», de «hacerse cargo», como decimos vulgarmente.

Y una de las primeras cualidades comprensivas de este poeta tan burgués es precisamente su condición burguesa, su alejamiento, por igual, del aristocratismo y del plebeyismo, su equidistancia entre la efecación romántica y la afectación naturalista. Campoamor no inspira recelos de proselitismo beato ni de proselitismo demagógico. Su lirismo burgués apenas tiene «gesta lírica». No canta, sino que conversa. No adoctrina, sino que expone. Y cuando canta, como en el *Drama universal*, el pueblo, como no lo comprende, no le escucha. Y cuando intenta adoctrinar, como en *El personalismo* y *Lo absoluto*, la burguesía, que ni lo concibe, se encoge de hombros.

Es el burguesísimo «justo medio» de Martínez de la Rosa, llevando en la una mano los guantes de Beaumarchais, y en la otra el bastón del corregidor de Alarcos. Es el «suaviter in modo», con toda su graciosa dignidad de confidente, y aun de cómplice, femenino. Es la substitución jesuítica del secreto por el escándalo y del confesionario por el tribunal.

Por eso es «el poeta de las mujeres». Porque ni condena, ni adoctrina; porque sabe oír y callar. Y por eso también es el poeta de la burguesía: porque, enemigo del terror, pero amigo de las evoluciones sociales, va minando, minando los espíritus «dentro de la legalidad más perfecta».

En este sentido, Campoamor, como diría Maura, es «la revolución desde arriba».

EL CENTENARIO DE CAMPOAMOR



LAMARA-FLO

EL MONUMENTO AL GRAN POETA RAMON DE CAMPOAMOR, EXISTENTE EN EL RETIRO, DE ESTA CORTE,
Y ORIGINAL DEL NOTABLE ESCULTOR COULLAUT VALERA

FOT. SALAZAR

CIELOS PROPICIOS...

Huertos fecundos poblados de rosas,
 cielo divino cuajado de estrellas,
 mares azules bordados de espumas,
 suelo propicio y lejano de Grecia...
 Días heroicos de triunfo y de gloria,
 cuando reía la luz en la tierra
 y era encendido fulgor en las cumbres
 y era sonrisa dorada en la niebla;
 cuando caía—rocío de fuego—
 hecha diamantes, zafiros y perlas,
 para dormirse temblando en los lirios
 y tejer hilos de plata en la hiedra.
 Todos los blancos caminos tenían
 términos claros de luz mañanera,
 todos los bosques murmullos sonoros,
 todos los ríos azules riberas;
 en los gallardos rosales se erguían
 como rubies las rosas sangrientas,
 y en los divinos altares brillaba
 un deslumbrante blancor de azucenas.
 En los floridos tazones de mármol
 y en los bruñidos estanques de piedra,
 como raudales de gracia reían
 los manantiales del agua parlera.
 ¡Agua que es beso fecundo en los campos,
 agua que es hilo de luz en las peñas,
 trémula cinta de acero en los ríos,
 frágil espejo de plata en la acequia!

Cielos azules de luz diamantina,
 propicios tiempos lejanos de Grecia,
 cuando los genios tendían sus alas,
 cuando tremaban de amor los poetas
 y sus espadas blandían los héroes
 y eran gloriosos el Arte y la Guerra...
 Iris pasaba bordando el espacio
 con áureas luces de soles y estrellas,
 y el deslumbrante raudal de su lumbrera
 era en las nubes de rosa y de seda
 rastro que abrían las blancas sandalias
 en que posaba sus plantas de cera.
 Venus gloriosa nacía á la vida,
 pródiga fuente de amantes promesas,
 diosa del mar, coronada de espumas,
 que en una concha de nácar se acuesta;
 Ceres segaba las rubias espigas
 llenas de oro, las varas esbeltas
 que parecían un bosque de lanzas
 y eran un chorro de trigo en la gleba.
 Atraillaba Diana sus canes
 cuando invadía las vírgenes selvas,
 y en el glorioso dintel de los templos
 sobre su escudo se alzaba Minerva.
 Y mientras Pan ensayaba en su flauta
 un nuevo canto de música nueva,
 en victorioso tropel los centauros
 iban siguiendo la loca carrera
 de misteriosas driadas gentiles
 que abandonaron su obscura vivienda.
 Como presente de Baco, en las viñas
 eran un triunfo las vides espléndidas,
 cuyos racimos de rosa y de ámbar
 vertían vino de púrpura regia.
 ¡El rojo vino, placer de los sátiros,
 el que colmaba las copas de néctar
 y presidía las danzas sagradas
 con las miriadas de luz de sus gemas!

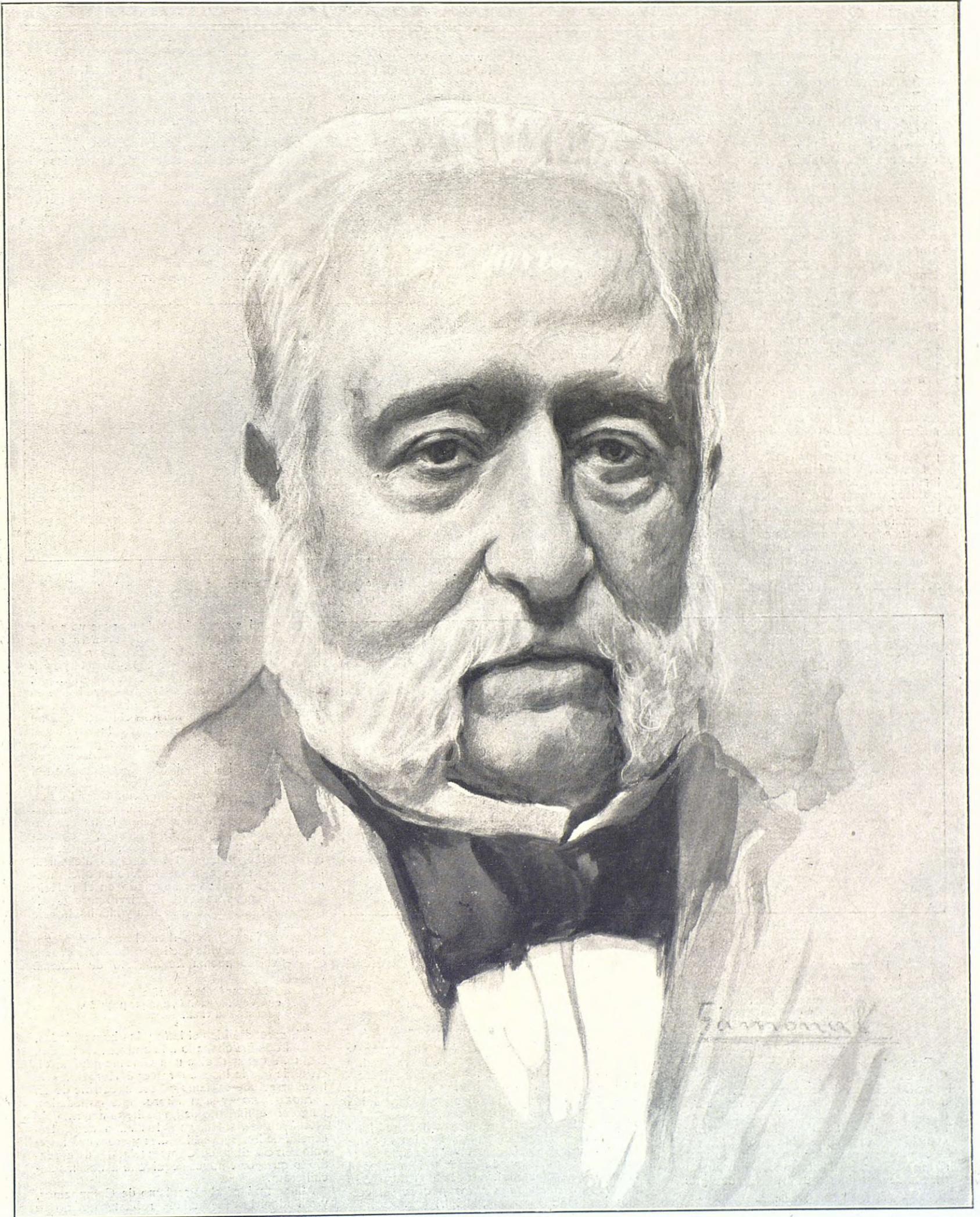
Cielos azules de luz diamantina,
 lejanos tiempos propicios de Grecia,
 quiero gustar vuestra gloria en el vaso
 donde he bebido las ansias secretas
 que me ofrecieron las musas divinas
 como un regalo de paz y belleza.
 ¡Y cincelar una estrofa que llevo
 hecha palabras y sangre en las venas!

JOSÉ MONTERO



DIBUJO DE ROLDÁN SÁEZ

CENTENARIO DE CAMPOAMOR



D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

DIBUJO DE GAMONAL

Campoamor es glorioso porque conmovió con sus versos los corazones y porque tiene vida perdurable en la memoria del pueblo. Después de él han venido nuevas formas y nuevos ritmos; pero su arte irónico y sencillo, amargo algunas veces, siempre sugestivo y encantador, parece algo definitivo e inmovible. Su nombre es un orgullo legítimo de España, y España cumple un deber sagrado, recordando al gran poeta de las Doloras al cumplirse el primer centenario de su nacimiento. LA ESFERA se adhiere al homenaje dedicando estas páginas al insigne autor de los *Pequeños poemas*.

EL CENTENARIO
DE UN POETA

INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE CAMPOAMOR

ESTÁ averiguado, y no hay hasta ahora punto de polémica ó discusión entre los eruditos sobre este hecho, que D. Ramón de Campoamor y Campoosorio nació en 24 de Septiembre de 1817 (el mismo año en que nacieron D. José Zorrilla y D. Gabriel García Tassara), en la villa de Navia, alegre y risueña como todas esas villas de la costa cantábrica, situada en la parte occidental del Principado de Asturias y provincia de Oviedo.

Navia es una de esas amenas y lindas villas asturianas sólo superadas por las del litoral galaico; en la parte occidental de Asturias, estas villas son también villas de rías, lo que les da un aspecto altamente poético. Aunque muy lluviosas en otoño é invierno, el clima es benigno, la primavera muy florida y el estío despejado y límpido. Así se comprende que, bajo la influencia de aquel clima suave, templado, aunque húmedo, en una villa de casas claras y de aguas frescas, de alrededores forestales y llenos de fértiles pastos, de pomares floridos y de prados verdeguantes, se formase el espíritu del poeta ingenuo, sano, risueño y bonachón, con esa punta de malicia tan característica del asturiano *cum grano salis*. Hasta tal punto participaba Campoamor más de la diaphanidad helénica que del sombrío genio celta, que en una de sus obras observa con fruición, haciendo una especie de auto-crítica de su vida, que cuando fué gobernador de Valencia, «él era un asturiano del Norte» en comparación con «ciertos andaluces del Mediodía».

Los floridos alrededores de su villa natal han inspirado á Campoamor algunas composiciones poéticas de su primera adolescencia, aparte de las que podemos inscribir á esa jurisdicción de geografía lírica, tales como *La rueda del amor* y *Recuerdos de un día de campo*, en las que seguramente ha grabado impresiones suscitadas en aquellos territorios—tenemos la confesión paladina de su cariño hacia aquella región en una composición dedicada *Al río Navia*, donde dice:

Mas no sólo era entonces cuando, mozo aún, y recientes las impresiones de infancia, frescamente grabadas en el cerebro, solía evocar su tierra natal, sino que ya anciano, y glorioso, y madriñizado, y sin entronque ni ligamentos con la tierra que le vió nacer, recordaba aún su villa de Navia. En uno de los más célebres de *Los pequeños poemas*, en *Los caminos de la dicha*, canta así:

Sé que te vas, y mi alma te acompaña;
Navia es, de Asturias, la región más bella,
aun siendo Asturias lo mejor de España...

Y en el canto tercero de este mismo poema, en forma de carta dirigida á su sobrino (D. Cayetano de Alvear y Ramírez de Arellano), le dice:

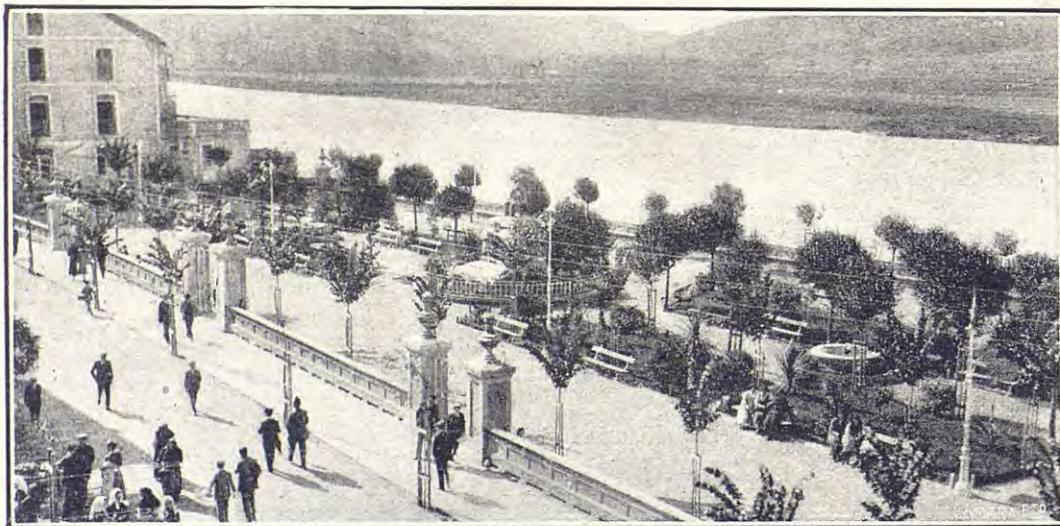
Yo que en tiempos pasados
dí mis pasos primeros

algo doña Emilia Pardo Bazán (*Ramón de Campoamor: Estudio biográfico*, II, págs. 16 y 17). La línea paterna era llana, de labradores; la materna hidalga y muy preciada de su hidalguía. Buen cruzamiento que rara vez deja de redundar en beneficio de la prole, á la cual transmite, por un lado, el vigor físico, y por otro, la afinación y la distinción innata en las razas viejas. El matrimonio apenas tuvo tiempo de perder las primeras ilusiones; el padre murió muy joven.

La madre era de carácter dominante y enérgico; de sus manos pulidas recibía la vara el alcalde de Navia. Campoamor recibió de ella la movilidad y viveza de ingenio. Equidistante entre un aristocratismo petulante y un democratismo zafio y presuntuoso, Campoamor se coloca en el justo medio cuando le dice á Castelar: «Me hace la injusticia de suponer que parece que re-



Vista general de Navia, patria de Campoamor



El Parque de Campoamor, en Navia

Déjame ver, ¡oh fugitivo espejo!,
pintada en tu cristal la patria mía;
déjame ver, á tu falaz reflejo,
el sitio do mi cuna se mecia...

Tú el primer canto de mi amor oíste;
al nacer, tu saludo fué el primero;
tú mi primer vagido recogiste;
recogerás también ¡ay! el postrero...

Creo que esto bastaría para demostrar que Campoamor, sin ser jamás un estrecho poeta regional, localista, de campanario (¡librálrale Dios de tal maleficio!), y menos un poeta que hubiera tenido la humorada de escribir en balde, evocaba con deleite su tierra natal. Aun en otra composición le canta con acento arrebatado y (dígame con franqueza crítica, ya que no soy panegirista entusiasta de Campoamor) con acento amenerado de vate dulzón de primeros de siglo:

Tu margen florida
pisé siendo niño,
y al ver tanto aliño
en torno de mí,
ensueños hermosos
forjaba la mente,
creyendo, inocente,
que el mundo era así.

por huertos que tenían alfombrados
con arenas del Navia los senderos,
recuerdo que llorando sin consuelo:
—¡No te vayas!—mi madre me decía
cuando dejé, en mal día,
aquel bello rincón del patrio suelo...

No obstante, hubo una época en que se le echó en cara el poco apego á la tierra natal, y hasta pasó por ingrato á los ojos de sus conterráneos. Se susurró que habían sido agravios electorales los que le impulsaron á decir adiós para siempre á su Asturias. De este desagradable episodio de su vida política se hace eco Juan Ochoa, que, con su delicada y fina ironía asturiana, le increpa así: «¡Es imposible que en el alma de un poeta pueda durar treinta años el rencor de un diputado!...» (Véase el libro *Los señores de Hermida: Crítica y cuentos*, edición Juan Gilí. Barcelona, MCM.)

Respecto á la familia de Campoamor, nos instruye ampliamente el propio poeta en su *Polémica* con Castelar sobre la fórmula del progreso (*Polémicas por D. Ramón de Campoamor*, de la Academia Española; art. VI, § II, pág. 71; librería de V. Suárez. Madrid, 1873), y nos dice

niego de mi suerte, sin duda porque yo no he nacido grande de España de primera clase, cuando dice: *Yo no olvido que he nacido en cuna plebeya...* Yo tampoco, Sr. Castelar; ó por mejor decir: yo nunca me acuerdo de ello... Yo, que jamás me he desvelado en saber si alguno de mis ascendientes había tenido la honra de meter alguna vez las hebillas del botín de Don Pelayo, nunca tendría tampoco la petulancia vulgar de alabarme de descender de un *Don Nadie...*

Transcurrió la infancia de Campoamor en el palacio de Piñera, hermoso ejemplar de la antigua casa solariega de Cantabria. Cuando á un biógrafo anónimo se le ocurrió, para agraviarle, estampar que á Campoamor le habían enseñado de niño un oficio mecánico, él contestó con desdén: «Ese imbécil cree, sin duda, que he sido educado como los príncipes alemanes, á quienes se les enseña siempre un oficio mecánico; ignora que me he criado en el palacio de Piñera, que solamente me sirvió para adquirir mis aficiones á pasarlo bien y mis hábitos de pereza...»

Estudió luego latinidad en el puerto de Vega, pequeña y riente villa que luego había de evocar en el famoso poema *La historia de muchas cartas*:

Del mar junto á la orilla,
esta Vega, lugar que, aunque pequeño,
para ser una villa...

Allí aprendió bien el latín y las humanidades, con un dómine chapado á la antigua, un tal don Benito, á quien dedica una vibrante página, diciéndole que le hizo aborrecer á Horacio. «Os he aborrecido—exclama en ese apóstrofe de *El personalismo*—y aun ahora, que os admiro, tengo el sentimiento de no poderos amar...»

Allí, en esa aldea, pasó los años de adolescencia, de los nueve á los diez y ocho, con intervalos en Santiago de Compostela, donde aprendió lo que por entonces equivalía á nuestro bachillerato.

Allí se tonificó el organismo de Campoamor, y allí adquirió esa ansiada robustez que no se quebró sino al cabo de muchos años de vida madrileña y de epicureísmo moderado; allí se formó también su espíritu ante la lectura de los modelos clásicos y ante el espectáculo de la espléndida Naturaleza asturiana...

A. G. B.

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



¡PARA ÉL!

Fantasia fotográfica de Káulak sobre la dolora de Campoamor "¡Quién supiera escribir!"

CAMPOAMOR, POLÍTICO



En 1872



En 1881

BASTANTES sarcasmos se dedicaron en vida á la actitud política de Campoamor, para que aún nos ensañemos, *post mortem*, en dedicarle epitafios epigramáticos. Leopoldo Alas, con su fina y aguda ironía de astur malicioso, dijo una vez, hablando de Campoamor, en un artículo titulado *Los poetas en el Ateneo*, que Campoamor era conservador, por broma... la broma más pesada de las suyas.

En realidad, Campoamor era conservador por aristocratismo intelectual, por parecerle que el hecho revolucionario se realizaba siempre antie-téticamente. Así lo expresaba en un prólogo á los *Pequeños poemas* (edición de English Gras; Madrid, 1879). Olvidaba Campoamor, como olvidan cuantos le imitan en actitud, que no es la estética lo que sirve de pauta á los transformadores de pueblos, y que no es á la línea elegante ni al gesto gallardo, sino á la utilidad nacional y al aprovechamiento general de la Humanidad á lo que ha de obedecer una revolución ó transformación política de un pueblo.

Campoamor había asistido á nuestras luchas intestinas del siglo XIX, había presenciado el advenimiento de la República y su pasajero dominio, había convivido con los hombres de la Revolución. Tenía gran respeto y admiración por algunas de aquellas figuras, como Castelar (con quien polemizó ampliamente sobre «la fórmula del progreso» en la revista *El Estado*): pero no aceptaba los procedimientos revolucionarios por ascos al tufillo plebeyo y horror al *profanum vulgus—odi profanum vulgus et arceo*, podía exclamar, como Horacio, á quien le hizo aborrecer para siempre el execrable dómine don Benito, su maestro de latín en Puerto de Vega—, más bien que por excesiva repulsión á las ideas democráticas. No; en el fondo, era un moderno Campoamor, era un hijo de su siglo, y, *velis nolis*, era un demócrata; sí, y hasta amaba la democracia y era *pioneer* de las ideas nuevas; en suma: era *joven-Alemania*, como Heine, en la España de entonces... Pero, como Heine también, quería que la democracia se lavase y que oliera bien, y que buscara nuevas fórmulas en que encarnar, y que no asustara á las gentes de orden, y que se hiciera persona grata, bien recibida en sociedad, y simpatizara con las duquesas...

¿Y qué era esto sino puro idealismo intel-

lectual, *dilettantismo* á lo Barrés, á quien presentaría?... Ahora que esa sesuda y gruñona *Mamam Henriette* del conservaturismo, esa vieja y anquilosada *Epoca*, siempre tan estirada y almidonada, acusa á los renovadores españoles de *snobismo* intelectual, ¡cómo no sería oportuno recordar la figura de Campoamor, que será de actualidad perenne en estas materias, aparte de la actualidad efímera del centenario de su nacimiento!... Campoamor es el ejemplo visible de *snobismo* intelectual, de conservaturismo por *dilettantismo*, y es el ejemplo que hoy sigue en España tan descollante figura entre los intelectuales jóvenes como la de *Azorín*, revolucionario en espíritu, moderno y ultraliberal en su orientación, rebelde en su formación y hasta anárquico en sus primeros ensayos—ó, más bien, primeros combates—, y hoy afiliado al conservaturismo, y, dentro de ese partido, al sector más rigorista, disciplinario y plutocrático.

¿Qué es, sino *snobismo* intelectual—¡oh, *Mater admirabilis* del conservaturismo español!—ese prurito de no encarnar en fórmulas democráticas una orientación que, en el fondo, es, y, sobre todo, quíerese que sea, liberal? Porque notad el caso: que hoy, y cada vez más, ningún partido de la extrema derecha se presenta bajo su verdadera faz, como si les abochornara llamarse conservadores, y, sobre todo, reaccionarios; le temen al epíteto como á un inquisitorial sambenito; no tienen ya la valentía brava de un De Maistre ó de un Veuillot; quieren llevar máscara y divisa de liberales, y suelen colgarse al adjetivo *ad hoc*.

Campoamor tuvo, al menos, el valor de sus convicciones; se declaró conservador ante la faz de sus admiradores, y aun tenía la prevención de que esto le había restado simpatía y de que se le leía menos ó no se le estimaba desde que se había manifestado admirador de los procedimientos de gobierno empleados por su partido. Nada de esto era verdad, como le arguye con mucha razón un crítico de la época: «es lo cierto que todos, blancos y negros, altos y bajos, reconocen y admiran sus privilegiadas dotes», y muy especialmente entre el gran público ultramarino, que, por hallarse apartado de las luchas políticas españolas, «nada influyen éstas en sus juicios, aunque no le sean indiferentes, como tampoco á nosotros las suyas, que por algo

pertenecemos á la misma familia». (Elías Zerro: *Legajo de varios; Campoamor y la crítica*, pág. 338; Garnier Hermanos, librerías editores; París, 1897.)

Militó Campoamor en la fracción romerista del partido conservador, es decir, en aquella disidencia del traviesísimo Romero Robledo, del famoso pollo de Antequera, insigne por el consulado del sastre, por la protección á los bribones («porque si no les hago yo caso á esos desgraciaitos, ¿quién se lo va hacer?»), y por otras picardihuelas de este jaez... Romero Robledo fué el creador de esa política que hoy imita, sigue y copia con especial deleitación el muy pintoresco Sr. Sánchez Guerra—ejemplar de la política flamenquista, jaque, chula, andaluza, que por tanto tiempo gobernó y, ¡dolor da decirlo!, parece que seguirá gobernando á España...

Al menos, Romero Robledo tiene un haber respetable en su libro mayor: tuvo en gran estima y veneración á D. Ramón de Campoamor. A tal punto, que el poeta le rindió pleitesía con aquella frase suya, que es un rasgo de ingenio, pero un oprobio para el poeta-político: —¿Por qué distrito es usted diputado, don Ramón—le preguntaron.—Por... Romero Robledo... Pena da esta frase en boca de tan alta mentalidad como el autor de las *Doloras*. Fué varias veces gobernador de provincia, diputado á Cortes, consejero de Estado, director general de Beneficencia, gran cruz de esto y de lo otro y de lo de más allá...

Pero, ¡cuán lastimosa su actitud en política, su rendimiento ante el oligarca, su desaprensión en reconocerle como única fuente de donde emanaba el derecho de su representación parlamentaria!... ¡Cuánto más noble la actitud de los altísimos poetas que cantan la Libertad y la Patria, de los que son poetas eternos de la eterna revolución que se fragua en las entrañas del mundo, de los que proclaman los imprescriptibles y sagrados derechos del ciudadano, de los Alfieri, de los Víctor Hugo, de los Foscolo, de los Beránger, de los Barbier, de los Leopardi, de los Byron, de los Heine, y, aun entre nosotros, en la misma época de Campoamor, ó casi simultáneos con él, de un Espronceda ó de un García Tassara!...

CUANDO NACIÓ CAMPOAMOR

(24 DE SEPTIEMBRE DE 1817)



MARTÍNEZ DE LA ROSA



MANUEL JOSÉ QUINTANA



JUAN NICASIO GALLEGO



MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

CUANDO D. Ramón de Campoamor y Camposorio vino al mundo, ahora habrá cien años, andaba España toda desquiciada y revuelta, así en la política como en las artes liberales.

Apenas si quedaba humor ni lugar para entretenerse en juegos de ingenio, que con mirar á la prosa y miseria de la vida nacional ya había hartado en qué distraer todos los sentidos y emplear el pensamiento.

Regía nuestros destinos la nunca bien olvidada memoria de Fernando VII, barón impercedero así en nuestra Patria como en su estirpe. El absolutismo brillaba con el esplendor de su cetro por el Agosto, y no había medio de librarse de su azote.

En el Alcázar regio había entrado un ángel: la reina nueva Doña Isabel de Braganza; esfuerzos inauditos hacía la augusta dama por llevar luz de paz y de misericordia al ánimo del rey, apartándole de las malélicas influencias que de continuo le rodeaban; pero tal habían arraigado, que eran inútiles todas las luchas y empeños.

El daño estaba en la raíz.

La funesta camarilla del monarca podía más que el cariño de la esposa amante y los atractivos de la mujer bella y moza.

Chamorro, el aguador; Ugarte, el esportillero, y Alagón, el confidente, oficiaban de musas inspiradoras, y así marchaba la nación, como pudiera por un pedregal un carro lleno de cristalería.

No había seguridad para el ciudadano libre, y solamente medraba la infamia y la intriga. En el Consejo de Estado había individuos como Lozano de Torres, hombre ignorante, de perversos instintos y falto en absoluto de toda cultura, bien que poseía la ciencia aduladora en tal grado con su deseada Majestad, que al más rastro lo lacayo pudiera dar lecciones.

El libro de la Constitución casi no aprovechaba para otra cosa que para envolver géneros en las lonjas y abacerías, por cuanto ninguno de sus artículos se cumplía; y así las cosas, se iba caminando con paso seguro y firme hacia las vergonzosas jornadas del terror.

Desde 1815 gemían en el destierro hombres insignes que, pasada esta nube de crueldad, lograron muy altos puestos en el Gobierno, y algunos ya ocupábanlos como próceres y magnates de las Letras.

Don Agustín Argüelles estaba desterrado por ocho años en Alcudia.

Don José María Calatrava, en Melilla, por el mismo tiempo.

Don Diego Muñoz Torrero, por seis años, en el monasterio de Erbón.

Don Juan Nicasio Gallego, por cuatro, en la Cartuja de Jerez.

Don Joaquín García Herreros, por ocho, en el presidio de Alhucemas.

Don Francisco Martínez de la Rosa, otros tantos en el Peñón, y extinguida la condena, no podría entrar en Madrid ni en los sitios reales.

Don José Canga Argüelles, ocho en el castillo de Peñíscola.

Pero, á pesar de tanto rigor, sólo había alientos para conspiraciones, y así, las cosas que eran alimento y recreo del espíritu, estaban enteramente descuidadas.

La literatura continuaba viviendo de sus pasadas glorias, pues el siglo anterior, salvo muy contadas excepciones, no le fué nada próspero.

El mal gusto estaba tan firmemente arraigado, que sobre las vibrantes estrofas de D. Juan Nicasio Gallego, Quintana y Alvarez Cienfuegos, triunfaban las escuálidas y grotescas musas de D. Diego de Rabadán, Alemany y D. Juan Bautista de Arriaga, que si como satírico era muy notable, sus menesteres de poeta obligado para toda fiesta cortesana le redujeron á la más lamentable ramplonería y pobreza de ingenio. Algo de lo acaecido á D. Ramón de la Cruz, que siendo único en el sainete, era una desdicha insignie como zurcido de tragedias al uso de Francia.

El teatro exquisito y natural de D. Leandro Fernández de Moratín era preterido por los mamarrachos de Comella, Fermín del Rey, Capmany, etc., etc... El mismo monarca gustaba más

de ver hacer chocarrerías á Guzmán, que de ver á Máiquez en *Otelo*.

Aún no tenía comenzado Bretón de los Herreros su paseo costumbrista por los campos de la escena, ni el teatro romántico había lanzado sus primeros resplandores. Bien puede decirse que el año en que nacieron nuestros dos más grandes poetas, Zorrilla y Campoamor, estaba España falta de buenos ingenios, pues que nunca lo fueron de altos vuelos, aunque la pretensión no les faltara, Quintana, Gallego, Lista, Hermosilla y Cienfuegos, ni literariamente habían nacido Espronceda, Larra y García Gutiérrez.

Tampoco la musa dulzona de Martínez de la Rosa había dado frutos, pues que hasta 1821 no estrenó tan almibarado ingenio engarzado en ministro, su comedia moratiniana *La niña en casa y la madre en la máscara*.

Sus poesías eran pocas y faltas de verdadera inspiración.

Muchos años después hizo el mismo Campoamor la más donosa crítica de este prócer literatizado. Traía á cuento el que Martínez de la Rosa jactábase mucho de que Fernando VII, que tuteaba á todo el mundo, á él le llamase de usted desde que contaba veinticinco años; y decía D. Ramón con mucho gracejo: «pues yo, desde mi insignificancia, y en el terreno literario, he tratado y trataré siempre de tú á Martínez de la Rosa...»

ooo

En este mismo año de 1817 perdió España á uno de sus fantasmones más representativos: el infante D. Antonio Pascual, doctor por la Universidad complutense y almirante de la armada... del Mar de Ontígola, en el Real Sitio de Aranjuez.

Este fué aquel famoso presidente de la Junta nacional que, al ser llamado á Francia por su augusta familia, se despidió oficialmente hasta el Valle de Josafat...

En el mismo año también fué cuando se dió el caso más peregrino de vanidad y favoritismo.

Al inútil ministro Lozano de Torres, que fué vendedor de chocolate en Cádiz, le concedió el rey la Gran Cruz de Carlos III, por el meritísimo acto de haber publicado en la *Gaceta* el embarazo de la reina...

Sólo un ministro honrado, D. Martín Garay, luchaba por salvar el crédito de la nación, mereciendo por ello la mofa del pueblo y el desprecio de sus compañeros y de la camarilla del monarca...

De esta triste manera caminaban los destinos españoles, política y literariamente, cuando vino al mundo, en la villa de Navia, á 24 días del mes de Septiembre de 1817, D. Ramón de Campoamor y Camposorio...

DIEGO SAN JOSÉ

DE CAMPOAMOR
TUDO ES UNO Y LO MISMO
 (AXIOMA DE SCHELLING)

Al marqués de Molins

PRIMERA PARTE

A LO IDEAL POR LO REAL

Juan amaba tanto á Luisa como á Luisa quería Juan; y aunque me exponga á la risa de la multitud liviana, diré que su simpatía rayaba en tales extremos, cual la que tener podemos, tú á tu esposa, y yo á la mía. Sí, marqués, no os cause espanto el que ponga frente á frente su encanto con nuestro encanto; pues podéis creer firmemente que, aunque no se amasen tanto, se amaban inmensamente.

Mas la muerte, esa tirana que siempre el mal improvisa, llevándose á Juan y á Juana, solos dejó á Luis y á Luisa.

Llorando la mala suerte de los dos que se murieron, los vivos casi estuvieron á las puertas de la muerte. ¡Siempre á nuestra vida humana es otra vida precisa! Así Luis quedó sin Juana, como al perder á Juan, Luisa, sin que nadie amenguar pueda las lágrimas ¡ay! que llora; como se queda el que queda cuando al que se va se adora.

Desde entonces, poco á poco, tan loca ella como él loco, por cuantos sitios frecuentan, marchan con pasos inciertos ¡tan tristes!, ¡tan pensativos! que parece que alimentan las almas de los dos muertos los cuerpos de los dos vivos. Y al verlos tan sólo atentos á su ventura ilusoria, sombra de dos pensamientos que alumbran desde la gloria, llama la gente liviana, sirviendo al vulgo de risa, «la loca por Juan» á Luisa, y á Luis el «loco por Juana».

¡Luisa feliz, que en un duelo toda su delicia encierra, cual ángel que por la tierra cruza de paso hacia el cielo! Sueña, sueña, ángel hermoso, en tu dicha malograda, porque la dicha soñada ¡es un sueño tan dichoso!... ¡Dichoso Luis! Sus tormentos, en su sueño delicioso, trueca en bellas ilusiones, lo que es horrible, en hermoso, la realidad, en visiones, días de angustia, en momentos... ¡Una y mil veces dichoso aquel que sus sensaciones transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE

A LO REAL POR LO IDEAL

Rogar con cierto misterio en un cierto cementerio á una sombra se divisa; es que por Juan reza Luisa. Otra sombra que hay cercana, es Luis que reza por Juana. Se lamentan los dos vivos por sus muertos respectivos con corazón tan ardiente, que al mirarse frente á frente, dicen la una y el uno: —¡Qué importuna!— ¡Qué importuna y Luis huyendo de Luisa, [no!—



y Luisa de Luis huyendo, se marchan, casi corriendo, y corren, casi de prisa.

En el mismo cementerio y con el mismo misterio se hallan los dos otro día, y mientras Luisa exclamaba: —Cuando mi amante vivía le hallaba donde le hallaba, y hoy, que en la tumba me espera, su sombra está dondequiera,— lanzando quejas amantes, dice Luis del mismo modo: —Si todo estaba en ti antes, ahora tú estás en todo.— Y esta vez menos esquivos, ó de agradarse más ciertos, después de orar por los muertos se hablaron algo los vivos.

Desde entonces los amantes dijeron, siempre con fuego, una larga oración antes, y un corto diálogo luego; mas consignar bien importa que, después de algunos días, se fueron haciendo cargo que la oración ya era corta y el diálogo era ya largo.

Saliendo del cementerio, mas ya sin ningún misterio, se miraron otro día, diciendo, ¡quién lo creería! —¡Es buen mozo!— ¡Pues es bella! —¡Pero aquél!— ¡Ay! ¡Pero aquella!— Y ella de amor suspirando, y Luis aún de amores loco, ya no corren, van marchando, pero marchan poco á poco.

Así el buen mozo y la bella, al promediar la semana, ¡oh fidelidad humana! —¡Se parece á Juan!— dice ella; y él dice: —¡Parece Juana!— (¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto, uno con otro se junta, haciéndolo él, por supuesto, en honor de la difunta; y ella admitiéndole al lado con temor aún no fingido, pues si el vivo era ya amado, aún el muerto era querido.

Mas era tal la insistencia de su enamorada mente en dar á su amor presente de su muerto amor la esencia, que su alma, siempre indecisa,

piensa que mira realmente en Luis, de Juan la presencia; la sombra de Juana, en Luisa. Y es que nuestro sentimiento, por arte de encantamiento, haciendo cuerpo la idea y lo ya muerto existente, transfigura eternamente lo que ama en lo que desea.

En conclusión; cuando se aman con un amor verdadero, así mutuamente exclaman: —¡Como á él y por él te quiero!— ¡Te amo como á ella y por ella!— Así el buen mozo y la bella, fingiendo vivo lo muerto y haciendo falso lo cierto, que eran los muertos creían, creyendo lo que querían. Y desde entonces, el duelo trocando todos en risa, Luisa á Luis y Luis á Luisa, después de aquella semana, se prestan mutuo consuelo, creyendo que Juan y Juana harán lo mismo en el cielo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

ILUSTRACIÓN FOTOGRAFICA DE KAULAK



—¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.

—¡Haced la letra clara, señor cura;
que lo entienda eso bien!...

(De: ¿Quién supiera escribir!)

DESDE los versos de León XIII á la princesa Isabel de Baviera sobre Ars Photographica,

Imaginem
naturae Apelles aemulun
non pulchriorem pingeret,

hasta la comparación un poco exagerada, de Mauricio Maeterlinck del artista con el fotógrafo, dándole al artista el anticuado papel de un tejedor á mano, productor de toscas obras frente al torrente—el fotógrafo—que «s'offre á faire vingt fois en une heure la besogne qui lui demande un long mois d'esclavage, et á la faire mieux», existe una larga serie de alegatos literarios y artísticos en favor de la fotografía tal como se cultiva actualmente.

Dicen algunos profesionales:

«Nuestro movimiento puede ser considerado como una tentativa de tratar los asuntos en concordancia con la práctica de las otras artes gráficas.» (Alberto Maskell.)

«No existe una estética particular de la fotografía y otra para la pintura y el grabado.» (Roberto Demachi.) «El fotógrafo moderno compone como si fuera á dibujar ó á pintar en vez de fotografiar.» (Bergon y La Begue.) «El ojo tiene una facultad de acomodación muy superior á la del objetivo.» (Constancio Puyo.)

Y aún podríamos copiar mayor número de opiniones, toda vez que es enorme el de los artistas que han elegido una máquina fotográfica para crear belleza á través del natural y de su temperamento.

Varias veces se han elogiado en estas mismas páginas exposiciones de fotografías artísticas; se han concedido comentarios efusivos á los que han ennoblecido los procedimientos antes



D. ANTONIO CÁNOVAS (KAULAK)
Autor de las fotografías que ilustran las "Doloras"
de Campaamor

impersonales y mecánicos, dotándoles, en cambio, de una íntima colaboración del espíritu con los misterios del laboratorio—más misterioso ahora que nunca.

Yo bien sé que los pintores suelen mirar desdenosamente á los fotógrafos... sin perjuicio de poseer muchos de ellos su correspondiente máquina que les facilita la composición y el modelo gratuito. Pero ese desdén, sobre ser muchas veces ficticio, es casi siempre injusto.

Comparad, por ejemplo, una de esas maravillosas reproducciones de cuadros que se hacen hoy día con aquellas copias contornadas de la primera mitad del siglo XIX. ¿Será motivo de larga cogitación el elegir entre un cuadro mediocre y una buena fotografía de un lienzo ó de una escultura clásicos? Y si ahondamos más aún otorgándole al fotógrafo la facultad de ilustrar momentos y figuras literarias, de colaborar con el escritor, hallaremos que supera al dibujante incapaz de componer un fondo en torno del personaje que considera suficiente para la ilustración.

He aquí unas cuantas fotografías. Diríanse reproducciones de cuadros y diríanse, al mismo tiempo, escenas de la vida real. Este dualismo constituye la verdadera excelencia del arte fotográfico. La fantasía y la realidad se completan con iguales proporciones. Los preparativos de la obra artística son los mismos en el pintor que en el fotógrafo: la disciplina intelectual por medio de la lectura; la búsqueda y elección de modelos y fondos; la composición, los bocetos y ensayos, hasta realizar la obra definitiva.

Estas mismas fotografías lo demuestran con expresiva elocuencia que va más allá de donde alcanzan los lápices de un dibujante.

Se refieren á diversas composiciones campoamorinas. Algunas, como las de *¡Quién supiera escribir!*, son bien populares, y proceden de un concurso que convocó la ilustrada revista *Blanco y Negro*. En este concurso, al que acudieron muy notables artistas, conquistó el Sr. Cánovas los cinco premios ofrecidos. El artista ha creado escenas y personajes donde sólo había ideas. Campoamor fué el menos descriptivo de los poetas españoles; el menos artista también. Entre las deslumbradoras fiestas para la imaginación de los versos sonoros y admirables de Zorrilla, y los rípios fatigosos, grotescos á veces, de las coplerfas campoamorinas, un pintor preferiría desde luego á Zorrilla.

Zorrilla, como años después Rubén Darío—el más grande de todos los poetas modernos que han escrito en español—, es un tesoro inapreciable para los pintores y los dibujantes. En cambio, Campoamor carece de plástica belleza—además de carecer de otra belleza menos perdonable aún: la del ritmo—, é imaginamos á un artista frente á sus estrofas incapaz de concebir un paisaje ó una escena amorosa, evocándola sobre lo que acaba de leer.

Y, sin embargo, Antonio Cánovas ha realizado este empeño. A la rara perfección técnica del procedimiento, se une la riqueza imaginativa y el buen gusto en la composición, que realzan todavía más la riqueza de los detalles.



LO QUE HACEN PENSAR LAS CUNAS

"Después que sobre la losa
recé con amor ardiente
por el que, por fin dichosa,
descansa perpetuamente,
pude á la salida ver
que á una niña, con encanto,
daba besos la mujer
del guardián del camposanto.
Y estremecido al mirar
á la pobre criatura,

á quien faltaba apurar
el cáliz de la amargura,
en medio de mi tristeza
—"casi es más triste"— pensaba—
mirar la vida que empieza
que ver la vida que acaba.
Por eso al atravesar
esta vida de dolor,
si los sepulcros pesar,
las cunas me dan horror."

Donde nosotros sólo vemos profundidad filosófica ó cándida ironía—que Campoamor alcanzó bien diferentes latitudes del pensamiento—, supo el fotógrafo artista hallar tan cabales cuadros como este de la moza pidiéndole al señor cura que le escriba una carta, ó aquel otro de los sepultureros, ó el de Juana, solitaria y enlutada en el cementerio á la luz indecisa y romántica del crepúsculo.

Y es tanto más laudable la obra de Antonio Cánovas cuanto que fué el primero en darle aquí en España á la fotografía este norte estético.

No olvidemos que, desgraciadamente, España acoge siempre con retraso de muchos años todas las modernas orientaciones.

Cánovas inició con sus trabajos, con su revista *La Fotografía*, con sus exposiciones particulares, este admirable y pujante esplendor que hoy día tiene la fotografía artística española.

Es el creador de este movimiento que ha dado lugar en Madrid á agrupaciones y sociedades similares al Photo Club de París, al Lick Ring de Londres ó el Camera Club de Viena.

Y, además, no se trataba de un afortunado tráfuga de la «galería» convencional de antaño con sus balastradas de cartón piedra, sus telones pintados, sus bancos

rústicos, su artilugio de hierro para sostener la cabeza del retratante y sus cortinas cenitales que se corrían con una pértiga para graduar la luz.



LOS EXTREMOS SE TOCAN

"Mientras la abuela una muñeca alifia
y, haciéndose la niña, se consuela,

haciéndose una vieja, usa la niña
el báculo y la cofia de la abuela."



GLORIAS PÓSTUMAS

"Los que esperan fe en muriendo,
¡cuánto yerran!"

Bueno ó malo, á lo que entiendo,
al que se muere lo entierran."

No. Antonio Cánovas no fué de la fotografía hacia el más amplio campo del arte pictórico; abandonó los pinceles por el objetivo fotográfico. Antes de ser Dalton Káulak, era el paisajista Cánovas, discípulo de Haes y crítico de arte de *La Correspondencia de España*. Cuando se encerró de un modo resueltamente definitivo en su laboratorio, ya se había encerrado muchas veces en su biblioteca, que es una de las mejores españolas, en lo referente á obras de arte.

Gracias á semejante preparación estética, la obra de *Káulak* significa el verdadero sentido idealista que Roberto de la Sizeranne concede á la fotografía moderna: ó sea «el haber introducido el sentimiento y el pensamiento en una operación ayer automática; haber transformado en un arte lo que era una industria; haber decidido que el espíritu dirija la materia en vez de dejarse enseñar por ella...»

SILVIO LAGO

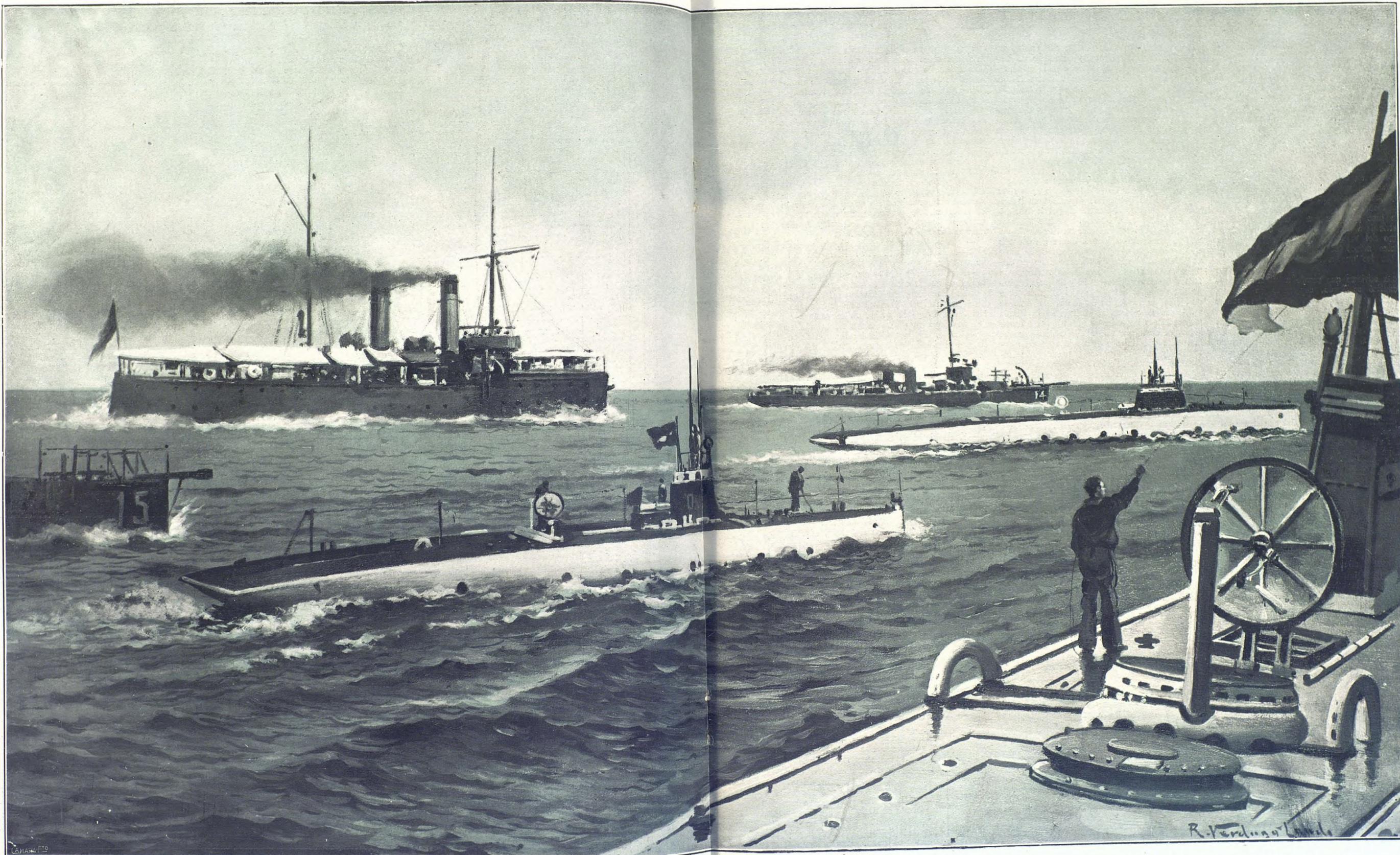


LA NOVIA Y EL NIDO

"Como el amor primero es tan ardiente
¡despierta á las niñas tan temprano..."

(Ilustraciones fotográficas de Káulak)

LOS SUBMARINOS ESPAÑOLES



Los sumergibles españoles, contruidos en Italia, saliendo del puerto de Tarragona para hacer maniobras de inmersión á presencia del ministro de Marina, el cual se sumergió también en el submarino "Monturiol"
 Dibujo de R. Verdugo Landi

CUENTOS ESPAÑOLES

LA HUELLA

ME atraía aquella mujer enigmática, de semblante infantil, que alumbraban grandes ojos negros de ricas pestañas, cercados de livor azul, evocadores del misterio. Joven, hermosa y rica, pasaba por el mundo indiferente á los halagos, desdeñosa y hostil á las lisonjas, con la augusta serenidad de una divina estatua en cuyo pecho yacía, como en un relicario, un corazón muerto. De su cuerpo esbelto, de líneas severas y delicadas curvas, emanaba un aroma vago y sutil de cineraria, de mirra y de caléndula, como si el mármol de que había sido formado estuviese saturado de agrestes efluvios de un olvidado jardín que hubiese cobijado su melancolía á la sombra de un sauce y acompañado su soledad con el murmullo de una fuente plañidera.

Me hice presentar por una amiga discreta, que atribuía á mi punzante deseo de levantar un extremo del velo que encubría aquel misterio, estímulos menos contemplativos y desinteresados que los que realmente me impulsaban á ello.

—Le advierto que pierde usted el tiempo— me explicó sonriendo, con gesto de amistosa prevención y cautela—. Matilde es un cadáver en pie, galvanizado y en apariencia vivo, porque materialmente vive y se mueve; pero ni siente ni piensa. Aunque su cuerpo estatuario se halla en el mundo, su espíritu, condenado por votos solemnes y perpetuos á rigurosa clausura, yace sepultado debajo de una pena tan abrumadora y cruel como la losa de un *in pace*. Sólo un milagro podría resucitar su corazón.

—Está usted en un error—le dije—. Lo que yo siento por ella es afectuosa simpatía, á la que sirve de cauce la curiosidad y de estímulo el misterio. Me muero por las ecuaciones psicológicas.

—Es usted un temerario. Acérquese á la esfinge, ya que así lo desea; consúltela y prepárese á ser devorado.

—Quiere usted saber—me dijo un día en que el mármol de su rostro pareció animarse, al fin, como el de Galatea, por la voluntad de Afrodita—cuál es la clave de este inmenso dolor que me roe el alma como un cáncer rebelde é incurable... Sea. Pero esta mi confesión general, más bien dicho, total, de mi único pecado, recibala usted en depósito tan sagrado como si la recibiera en el tribunal de la penitencia.

Hice un ademán expresivo de la solemnidad de mi tácita promesa, extendiendo las manos como dispuesto, desde luego, á pronunciar una absolución anticipada y ciega.

—Gracias; estoy segura de su discreción. La historia es breve; los grandes dolores son infrecuentes. He amado mucho, he sentido el amor como una religión, á la manera que Leopardi expresaba:

Pregio non ha, non a ragion la vita
se non per lui, per lui ch'all oumo e tutto.

Amé un fantasma, al hombre que no existe, al que no se sabe haya nacido ya ó deba nacer algún día. Lo único que se sabe es que no vive ahora en la tierra y que no somos sus contemporáneos—como decía el mismo Leopardi, refiriéndose á la mujer-fantasma, á la dama-duente de sus delirios melancólicos—. Naci-

da para amar, me abismé de tal suerte en mi pasión, que diviniqué el objeto de la misma, despojándolo de toda envoltura carnal, sublimándolo en el místico crisol de mis ensueños de virgen... Había sido invitada á pasar unos días en el campo, en la hermosa torre que la condesa de Cambrils posee en las cercanías del Raspeig, próximo á Alicante. Eramos cinco los invitados: mi tía la baronesa de Puzol, sus hijos Pepita y Emilio, un amigo de éste, pariente lejano de la condesa, Salvador Mayol, y yo. Mi primo Emilio era mi prometido. Dispuesto nuestro enlace de mucho tiempo atrás por las familias de ambos, considerábalo sumamente racional y lógico, por cuanto mi primo no sólo no me era repulsivo, sino que me inspiraba fraternal cariño y simpatía por su carácter alegre, franco, decididor y caballeroso. Pero al aparecer Salvador en escena, todo cambió. Era un hombre de tez pálida, boca de luz y ojos de fuego. En mis confidencias con Pepita dí en llamarle el *moro misterioso*. Desempeñaba un Consulado de España en tierra marroquí, y jamás semblante ni talle alguno merecieron más y mejor el complemento estético del jaique y el albornoz. Bajo el influjo de su sonrisa luminosa, mi alma se estremecía de placer, en tanto que su mirada fulgurante me flagelaba el rostro y hacía hervir la sangre de mis venas. Hablaba poco, porque la sonrisa y la mirada eran mil veces más expresivas y cautivadoras que el mejor y más inflamado discurso. Tenía en la frente aquella vena negra que daba á la fisonomía de Mahomá el aspecto del firmamento despejado y luminoso, en cuyo centro se forma la negra nube preñada de rayos y truenos. Sólo con verle la primera vez, me sentí aprehendida, esclavizada por aquel espíritu señero, irresistible imán que trastornó para siempre la brújula de mis sentimientos, hasta entonces sosegados y apacibles. Emilio advirtió a punto mi emoción y mi esclavitud tácita, llena de rubor y humildad, como Rebecca, como Ruth, como Kadijah, y no pudo ocul-

tar su despecho ni la violencia de sus celos. Tuvimos serias discusiones, altercados y disputas clamorosas que alarmaron á todos los moradores de la torre. La condesa creyó de su deber intervenir; llamó á Salvador y, antes de formular indicación ni consejo, adelantóse éste á rogarle le autorizase á ausentarse, previa una conferencia que deseaba tener conmigo. Pero Emilio, apoyado por su madre y su hermana, se opuso terminantemente á que la entrevista tuviese lugar. Entre los tres relatáronme cosas inauditas del carácter de Salvador, sus violencias, su vida irregular, sus costumbres morunas, la intemperancia y arrebato de sus pasiones. Me infundieron verdadero pánico, en el que iba envuelta la mayor admiración que puede haber en el terror ante lo maravillosamente monstruoso, como si mi amor fuese algo infernal y Lucifer hubiese encarnado en Salvador.

—Vamos—interrumpí chancero, por decir algo—, se halló usted como Margarita ante Mefistófeles.

—Mefistófeles y Fausto en una pieza. Y la verdad es que la actitud de Salvador, su ansiedad de última hora, los esfuerzos solapados que hizo para hablarme á solas, eran satánicamente tentadores. Llegó la noche. A la mañana siguiente debía marcharse Salvador, y aún no había podido decirme adiós á solas. Yo ocupaba una habitación en un extremo del corredor embaldosado, de blanqueados muros y alizares y zócalos de policromada taracea, que servía de eje de distribución de los aposentos de la planta alta de la morisca torre, alzada en medio de frondoso parque de naranjos, jazmines reales y granados en flor. Mi dormitorio era la última *tarbea* de la serie que formaba el ala posterior de la torre. Tenía espacioso balcón volado, de historiado antepecho, que señoreaba la huerta ubérrima y jugosa. La puerta de la habitación, de menudos cuarterones, estaba horadada en el medio, á altura razonable, por menudo postigo ó mirilla cuadrilonga, protegida por dos delgados barrotes de hierro en cruz. Yo estaba nerviosa y desasosegada. Tardé en acostarme, después de haber pasado largo rato en el balcón, saturando mis sentidos de la aromosa paz de la noche, estrellada y tibia. Al fin, rendida, me adorné, cayendo rápidamente en lúcido sopor, provocado por el exceso de actividad imaginativa. Poblaron mi sueño las más torturadoras y descabelladas imágenes; mezclábanse en él sensaciones punzantes de alegría y dolor, estremecimientos de pasión, gritos de júbilo, ayes y crispaturas de lucha y de rabia. Un ligero ruido me despertó de repente. Sofocando el zumbido de mis sienes y los fuertes latidos de mis arterias, alargué el cuello en la honda obscuridad y escuché con ansia. Alguien intentaba abrir suavemente, con infinitas precauciones, la puerta de la estancia. Por fortuna, estaba sujeta con un cerrojo que sólo desde dentro podía manejarse. Un instante, uno no más, brevísimo como un relámpago, pensé que debía abrir. No podía ser otro más que él. Admitiéndole en mi habitación á tal hora, en semejantes circunstancias, forzaba yo misma el destino. Era lo irremediable... Pero no me moví. El forcejeo contra la puerta era cada vez más poderoso y enérgico; por un momento creí que el cerrojo cedía, que iba á saltar y que la



puerta se abría violentamente para dejar aparecer en el vano la figura satánica de Salvador echando lumbre por los ojos. El miedo, el pavor irresistible, me empujó hacia la puerta para sujetarla con mi propio cuerpo y afianzar con mi desesperación sus endeble tableros. De pronto, de un vigoroso empujón silencioso, se abrió el postigo, y por el hueco pasó una mano. En la densa obscuridad de la habitación, aquella mano colgante, cuyos largos dedos avanzaban con lentitud tentacular, repando, con frío é implacable afán prehensil, á lo ancho de la puerta, en dirección al cerrojo, evocaba espeluznantes imágenes de ultratumba. Cortada á cercén por el tenebroso orificio del postigo, aquella mano viva, agitando sus dedos como los palpos de una araña, buscaba, con ciega torpeza, mas con tesón evidente, la cabeza del pestillo, mostrando claro propósito de descorrerlo y abrir la puerta, y poniendo en la tarea deliberada astucia y sigilo. Me precipité á sujetar con las dos manos la endeble barrita de hierro, al tiempo mismo que los dedos de la mano misteriosa estaban á punto de alcanzarla. El contacto de aquellos dedos sobre mi piel me produjo un escalofrío semejante al que debería causarme el paso de un ofidio por el dorso de la mano. Al advertir el obstáculo, los dedos se contrajeron con brusco movimiento de sorpresa, para distenderse luego y abarcar y atenuar furiosos mis dos manos, que desaparecieron bajo aquella zarpa dotada de un vigor irresistible. El terror paralizó la sangre en mis venas y sofocó un grito que intuitivamente iba á lanzar mi garganta. En medio de un silencio trágico, angustiosísimo, se entabló una lucha feroz entre la mano misteriosa y las mías, aferradas al pestillo con desesperado vigor. Sentí la presión terrible de aquellos dedos de hierro, que estrujaban los míos hasta descoyuntarlos y triturarlos. Por un momento creí desmayarme de dolor; todo mi cuerpo temblaba de espanto, las fuerzas me abandonaban, aflojábanse los músculos, doblábanse las rodillas, y el abatimiento y la impotencia me invadían como un letargo fatal que iba á dar conmigo en tierra. Sonaron pasos precipitados en el corredor. Luego voces breves, incisivas, de hombres que disputaban cruzando las palabras como aceros, con sordo y reconcentrado rencor, junto á mi puerta. Les reconocí al punto: eran los dos, Salvador y Emilio. Pero la mano, ¿de quién era? La obscuridad me impedía examinarla. La ira y el despecho que sentía acusaban á Salvador, cuya energía, la violencia de su carácter, lo imperioso de su ademán, el fuego mismo de su mirada terrible se comunicaban á través de sus nervios tensos, dotados de maravillosa fortaleza. Por instantes la tortura á que estaban sometidas mis pobres manos se hacía irresistible. Mas al advertir que, sin cesar la disputa, persistía la mano misteriosa en apoderarse del pestillo, poniendo en ello la mayor tenacidad y descargando sobre mis manos estrujadas toda la furia de que estaba poseída, el espanto y la vergüenza diéronme nuevos ánimos, y, maquinalmente, sin darme apenas cuenta de lo que hacía, acudí á socorrerlas con la única arma de que podía disponer en aquel instante supremo: los dientes. Los clavé en aquel manojito de músculos y venas duras, petrificadas, con la exasperación de la bestia acosada, de la mansa oveja que recobra la animalidad salvaje para convertirse en fiera. El impulso nervioso fué tan violento, que mis dientes agudos pene-



traron como alfileres en la apretada masa muscular, que cedió al fin, distendiéndose las tenazas y soltando la presa. En el paladar, en las papilas de la lengua, sentí el sabor salino é ingrato de la sangre ajena. Y caí sin sentido... Pasé una porción de días en cama, presa de la fiebre y acosada por el delirio. Cuando pude, al fin, darme cuenta de mis actos, me hallé rodeada de mi familia, que había acudido á la torre, llamada por la condesa, de mi tía la baronesa y de sus hijos Pepita y Emilio. Todos se esmeraban en atenderme y volverme á la vida. Emilio, sobre todo, tan solícito y enamorado como jamás pudiera sospecharlo, se miraba en mis ojos, pretendiendo leer en ellos un amor que no podía darle, porque ya no era mío ni de nadie. A fuerza de escudriñarlos, leyó la muda interrogación suspensa en el fondo de mis pupilas, reflejo de mi pensamiento. Salvador había huído, acosado por el remordimiento de su villanía. Sin decirnoslo, sin atreverse los labios á romper el secreto de mi angustia y de la intervención providencial de Emilio en la escena horrible provocada por la mano misteriosa, adiviné todo lo ocurrido: el afán de Salvador de violentar el sagrado de mi alcoba para tener conmigo la entrevista que las apariencias le hacían suponer que yo rehuía; la alerta vigilancia de Emilio, celoso de mi honor y de su cariño; la sorpresa de Salvador en su alevosa tarea; la brutal despedida que se infligió como castigo de su indignidad; su fuga á la tierra ardiente, donde tenía su Consulado y en la que se hallaba en su propio elemento, y la reunión en torno mío de todos los cariños y solitudes familiares para curarme de mi funesta pasión y de mis desvaríos románticos y traerme de nuevo á la senda ancha y vulgar por la que mi destino se encaminaba á la paz, al bienestar, al sosiego, ya que no á la felicidad, inasequible y quimérica, como mis sueños de aquella noche terrible.

—¿Se casó usted con Emilio?

—A eso voy... Por gratitud, por tácito reconocimiento de su generosa conducta, me dejé empujar á la boda con mi primo. Algún tiempo antes, en plenos preparativos nupciales, recibí una carta de Salvador, apasionada, violenta, llena de fuego, palpitante de frenesí. No había en ella la más ligera alusión á la escena de la mano misteriosa. Ni humildad, ni pesar, ni disculpa. Trascendía á soberbia moruna, á salvaje dominación, á imperativo y arrebatado deseo de poseer, de ser el amo indiscutido y reverenciado. Entregué la carta á mi prometido, acomodándome á la dignidad y á la lealtad de mi carácter más bien que obedeciendo al instinto. Llegó el día de la boda. Mi prometido, muy correcto, muy enguantado, según su costumbre, sumamente exagerada en los últimos tiempos de nuestro noviazgo, vino á verme momentos antes de salir para la iglesia.

—Matilde—me dijo tomando mi mano entre las suyas—, tengo que darte una noticia que prefiero la sepas por mí antes que por otra persona. Salvador ha muerto. Se ha suicidado. Acabo de saberlo.

Recibí el golpe con increíble serenidad, con heroísmo. Me pareció sentir la mano misteriosa apretando las mías... Eran las de mi prometido, que las acariciaba mirándome á los ojos con extraña fijeza.

—Se ha hecho justicia á sí mismo — murmuré sordamente, apretando los dientes con la mis-

ma rabia atarazadora que perduraba en mi recuerdo, llenándome de amargor la boca.

Llegó el momento solemne. Avanzó el oficiante, risueño, patriarcal, como el viejo Simeón de la Escritura, y después de recitadas las preces de ritual, tomó de la bandeja, que sostenía un acólito, el anillo nupcial, presentándoselo á Emilio. Alargó éste la mano enguantada, ajeno á este pequeño detalle, contrario á la liturgia; pero el sacerdote, para quien no pasó inadvertido, indicóle con un gesto que se quitase el guante de la mano derecha, al mismo tiempo que, dirigiéndose á mí, hacía la pregunta sacramental:

—¿Queréis por esposo á don Emilio de Zúñiga y Meneses?

Antes de responder miré á mi prometido. Su diestra desnuda se dirigía á la bandeja, presentándome el dorso. Parpadéé repetidamente, creyéndome víctima de una alucinación. Allí, sobre la blanca y tersa epidermis, rompiendo la azulada ramificación de las abultadas venas, aparecía un círculo rojizo, como un estigma nefando, apenas cicatrizado. Era la huella del delito... Hice un esfuerzo sobrehumano para no caer desvanecida, y reuniendo toda mi energía, como en aquella noche terrible en mi lucha contra la mano misteriosa, cuyo secreto acababa de revelárseme, contesté con voz entera:

—¡¡¡No!!!

Apoyé la frente sobre el reclinatorio y rompí á llorar con profundo desconsuelo. Y he ahí cómo en el mismo instante de mi boda frustrada me consideré viuda de aquel otro cuya muerte pesará, mientras yo viva y aliente, sobre mi conciencia, como un tremendo error judicial que mi torpe sentencia había bárbaramente sancionado.

JOSÉ G. ACUÑA



TODO ES SEGÚN EL COLOR...

TENEMOS por una leyenda lo de que el regreso del verano sea de una tristeza fatal. Confunde el espectador la alegría propia con el ajeno desencanto. Un buen madrileño que halla, camino de su covachuela ministerial, los ómnibus cargados de maletas y de viajeros naturalmente rendidos, experimenta ese españolísimo placer de quien se consuela de no poder jugar á a lotería, con que no obtenga premio el amigo que compró un décimo, y de su regocijo deduce la melancolía de quienes al fin del estío se encuentran fatigados y sin dinero, y teniendo que emprender la ruta de la oficina, ni más ni menos que el no veraneante, el cual ni perdió sus tesoros ni ha sufrido desengaños á causa de mundanos espejismos. Añádase á esto la afición de todo el mundo á presumir de hastiados de los espectáculos más exquisitos, el temor á delatarnos como unos pobrecitos rústicos, si con nues-

tro entusiasmo descubrimos la falta de costumbre de vivir en ciertos hoteles y de codearnos con las siluetas de moda, y seguirá explicándose el lector el origen de la fantasía que dispone se substituyan en el Almanaque las hojas de Septiembre y primeros de Octubre, los jeroglíficos de Novejarque y la *miscelánea*, con otras hojas arrancadas del Kempis. Por último, hoy que propalan tales ilusorias amarguras, los cronistas desde los periódicos, que suelen ser varones por regla general, y precisamente por su condición varonil cometen el involuntario error. Yo también he de afeitarme á diario; pero en ocasiones, para visitar á algunas amigas, cuyas confidencias me sirven ahora para desmentir á los cartujos con gabardina entallada que brotan á comienzos del otoño.

Los hombres tornamos del verano con una ilusión menos. Las mujeres con una ilusión más.

No analizaré la primera de las afirmaciones, recomendada por cuanto corre sobre el epílogo de los viajes. En cuanto á las esperanzas femeniles, ¿quién duda que cada temporada en las playas modernas trae un nuevo adelanto en la redención de nuestras encarceladas *odalisca*s? Dos ó tres meses al año, las españolas de la clase media viven como si fueran francesas, inglesas, italianas. Libertad y respeto. Frecuentan un Casino con sus camaradas de *smoking*, pasean, van y vienen, deciden de sus jornadas, traban relaciones nuevas por espontánea simpatía; en fin, se les concede el derecho á vivir su vida. Los recuerdos estivales de mis amigas son como caracolas robadas al mar, y siempre arrullan los oídos de nácar con su murmurio, del que fluyen tantas evocaciones...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE MARÍN

ESCENAS DE LA GUERRA



Una trinchera rusa en las líneas de la Bukovina, defendida exclusivamente por el batallón de amazonas, organizado entre las clases populares de San Petersburgo y Moscú DIBUJO DE MATANIA

LOS TIEMPOS ALEGRES DE LUIS XV
BAILARINA, ESPEJO DE DUQUESAS

SE dudaría del origen español de la señorita Camargo, á pesar de las seguridades que nos ofrecen sus historiadores, si no supiéramos cómo amó; si no viéramos que en aquella Corte admirable de Luis XV, que—según un autor francés—no supo ser más que un niño agraciado y el más despreciable de los reyes, fué maestra en lealtad, en fidelidad, en magnificencia de corazón, en espíritu de sacrificio; cualidades que faltaban á las duquesas y marquesas que acompañaban al monarca al serrallo de Choisy ó alegraban las horas de Versalles.

Acaso, la única mujer que pudo compararsele fué la desdichada condesa de Mailly, desinteresada de tal modo, que convirtió en una profecía su frase: «Mi marido ha comenzado á arruinarme. Mi amante lo consumará...» Y su amante era Luis XV. Además de desinteresada, resignada en la adversidad como una mártir, y perdonadora de la versatilidad regia, con una abnegación inconcebible; tanto más, cuanto que eran sus propias hermanas las que la echaban del tálamo y del palacio y la reducían á la obscuridad y á la pobreza.

Pero, salvo este caso, dijérase que en aquella época no había habido mujer que supiera amar finamente y enhebrar un idilio romántico frente á la curiosidad y á la envidia y á la maledicencia y á la ira de todo París, sino la señorita Camargo.

Perdónesela, no por lo mucho que amó y lo rendidamente que supo hacerlo, ni siquiera por los años de penitencia ejemplar postreros de su vida, sino por el ambiente que rodeó la niñez de la más linda mariposa humana que han conocido las gentes. Porque su padre era, según vociferaba él, un gentilhomme español, don Fernando de Cupis de Camargo, á quien algún historiógrafo francés llama grande de España, acaso sin saber bien lo que esto significa. El hecho es que el padre se pasaba el día enco-



LA SEÑORITA CAMARGO

miando las imposibilidades múltiples que le creaba su concepto del honor á la usanza española, mientras vivía de las migajas de la mesa del príncipe de Ligne, faustoso señor belga, y contraía deudas y ganaba fama de ser el más tramposo vecino de Bruselas, y mientras su esposa era amiga y confidente de las damas de la Corte, en la que había figurado mucho y en la que llamara la atención por su donosa y ágil y suelta manera de bailar.

Así, en medio de esta familia venida á menos, vividora de oficios y servicios casi incontesables, conociendo durante el día las exquisiteces y abundancias del palacio principesco, y en la noche, en el refugio del propio hogar, los groserías del padre, borracho, y las intimidades de la madre, entre gustosa y forzada del mal vivir, creció Mariana, tan linda, tan ágil, tan viva, tan rítmica en sus movimientos, tan apuesta y estatuaría en todas sus posturas, gestos y ademanes, que fué la propia princesa de Ligne quien decidió que la niña había nacido para bailarina, y que no había derecho, en lo humano, á privar á París de una tan prodigiosa maravilla.

París era entonces la tentación y la devoción del mundo entero; la envidia y la piedra de escándalo juntamente. Comparados con aquella sociedad, somos hoy unos cenobitas. La Maintenon, con su fardo de escándalos, metida por la edad á fraile—parodiando el refrán—, ya que la voluntad la metiera á demonio en su juventud, había sido la encargada de educar en Saint-Cyr, desde la duquesa de Borgoña—que había de ser la madre de Luis XV—á la última damisela cortesana de las que ahora rodeaban al monarca. Y así, no tenía Satanás por dónde cogerlas; borrachas, jugadoras, livianas y cínicas, envidiaban sólo á aquellas damas de la decadencia romana que poseían, sin duda, secretos de resistencia física que los bárbaros destruyeron y que no han podido ser averigua-

dos nuevamente. En este mundo hace su aparición la señorita Camargo en el momento más propicio, cuando acaba de nacer el siglo XVIII, porque, según un escritor francés, este siglo no tuvo más que ochenta años: comienza con la Regencia y acaba con la Revolución. Durante el reinado de Luis XIV se habían creado las costumbres encantadoras que tuvieron por diosa á la Maintenon y que produjeron el refinamiento artístico y galante de Wateau. El duque de Orleans, de quien Saint-Simon nos cuenta las constantes francachelas, vivía públicamente con la duquesa de Berry y con la viuda de Pavabére... Dijérase que la Camargo aprendió á amar en este espejo. El conde de Caylus describe en sus *Memorias*: «Lo admirable en esta mujer es la igualdad de su amor; este sentimiento en ella habrá cambiado de objeto, pero jamás ha estado su corazón vacío un instante; ha abandonado y ha sido abandonada; al día siguiente, el día mismo, tenía otro amante que amaba con la misma vivacidad y la misma ceguera, porque jamás vió sino por los ojos de su amante; desde el momento que le elegía, no veía más que á sus amigos, ni tenía más que sus mismos gustos. Esta actitud de sumisión, probada por el ejemplo de más de veinte amantes que se han sucedido, me parece una cosa rara y admirable.» Y otro autor agrega: «Es cierto eso, pero la marquesa de Pavabére no ha amado apasionadamente más que al Regente y á M. de Montluzun. A los demás los amó entre paréntesis.»

Cuando la Camargo apareció en este mundo, conquistó á París, y dijérase que, por contagio, á Francia entera. Triunfaron de tal modo su belleza y su arte, ambos asombrosos en verdad, que todas las modas tomaron su nombre: peinado á la Camargo, trajes á la Camargo, zapatos á la Camargo y licores y jabones y perfumes y guisos... Las duquesas imitaban sus ademanes, sus posturas de diosa y su aire aligero y volti-



LA DUQUESA DE CHATEAURoux



ADRIANA LECOUVREUR



MME. DE PARABERE



MME. DE TENCIN

geante. El segundo día en que la Camargo se presentó en la escena de la Opera, hubo numerosas colisiones en el público, que luchaba para entrar, y dos duelos entre galantes enamorados. Fué una general consternación en la farándula. Adriana Lecouvreur, que reinaba desde su escenario, frente á frente de las damas que rodeaban á Luis XV, vió en la Camargo la más tremenda rival. Recibió en seguida todas las consagraciones que necesitaba en aquel mundo de locos. Voltaire escribió aquellos versos :

*Ah! Camargo que vous êtes brillante!
mais que Sallé, grands dieux, est ravissante!
que vos pas sont légers et que les siens sont doux!
elle est inimitable, et vous êtes nouvelle:
les Nymphes sautent comme vous,
mais les Grâces dansent comme elle!*

Y colmó la Camargo la medida de su gloria afrontando valientemente el escándalo, como lo habían afrontado, desde la duquesa de Chateauroux, que despojó á sus propias hermanas del corazón del Rey y celebró con grandes fiestas su

rendimiento, hasta madame de Tencin. Era el buen tiempo del Arte por el Arte, que el Regente legara como herencia á la Corte de Luis XV.

Una noche, próxima la hora de la función, apareció pegado en las puertas de la Opera un cartelillo anunciando que el hada de París, la señorita Camargo, había sido raptada. París lo celebró con gran regocijo, tanto más, cuando se supo que el afortunado amador, el conde de Melun, no sólo había arrancado á la bailarina de las garras vigilantes de su padre, sino que se había llevado también á una hermana suya, que era una lindísima chiquilla.

¡Oh, quién hubiera escuchado las lamentaciones del hidalgo español; quién pudiera reproducir aquí los carteles de desafío que envió al seductor; quién pudiera copiar, sin escándalo, la solicitud que dirigió al cardenal de Fleury, que gobernaba á Francia, pidiéndole que ordenara al conde de Melun se casase con su hija mayor y dotase á la menor!

La Camargo volvió pronto á la Opera, á

pesar de vivir en compañía de su raptor; pero, á poco más de un año, volvió á aparecer en las puertas de la Opera el cartelito anunciando: París que la Camargo había sido raptada nuevamente. Fué este un asombroso idilio con M. de Martelle, apuesto teniente de los Ejércitos del Rey, que había regresado de la guerra.

Un día, cuando volvió á la escena, le hablaba la señorita Gaussin, hija de un lacayo que la protección de varias damas había convertido en hada, del honor español de que su padre se vanagloriaba.

Y la Camargo, zarandeando su faldellina de bailarina, aquella faldellina de que era inventora y que usaron las bailarinas de todo el mundo hasta fines del siglo XIX, gritó en pleno escenario, ante el concurso de artistas, músicos y curiosos que presenciaban los ensayos:

«—He aquí dónde están los treinta y siete cuarteles de mi escudo!»

París aplaudió la frase. En verdad, aquella sociedad sólo podía liquidarla la guillotina.

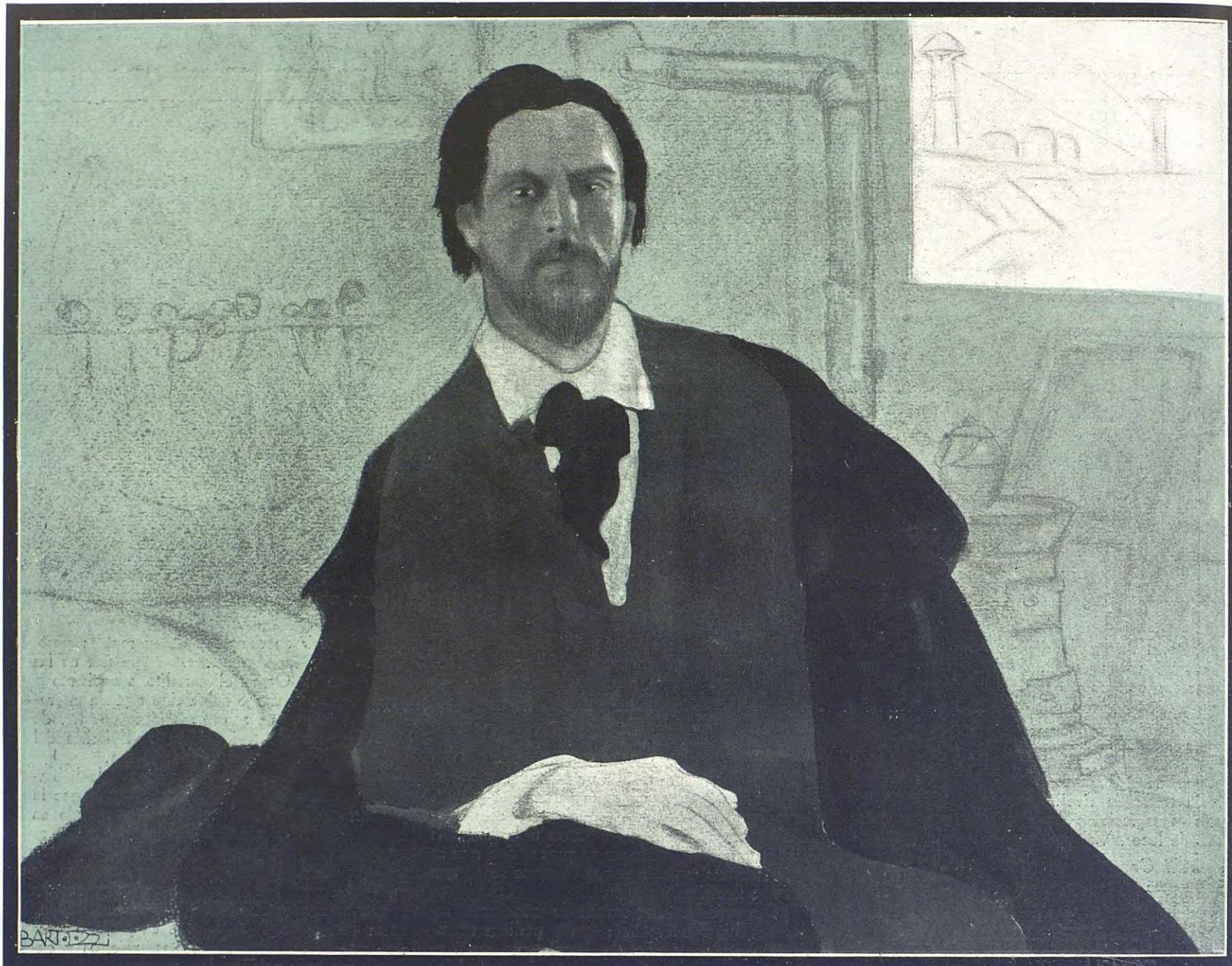
MINIMO ESPAÑOL



LA DUQUESA DE BERRY



LA SEÑORITA GAUSSIN



La canción del bohemio

¡Canta, bohemio, canta!
 Con la sonrisa entre los labios, con el sollozo en la garganta,
 libre el metro, libre el ritmo, canta á capricho tu canción,
 y alza en un brindis, como un vaso lleno de sangre, el corazón.
 Venza, bohemio, á la tristeza
 de tu cantar el claro son;
 canta, bohemio, la belleza,
 canta el amor, la rebelión.
 ¡Canta, bohemio, canta,
 con la sonrisa entre los labios, con el sollozo en la garganta!
 Y entonces, alta la frente,
 más en alto el corazón,
 el bohemio impenitente
 lanzó al aire su canción.

ooo

Del ensueño soy cruzado, soy un pálido bohemio,
 siento el arte por el arte sin buscar jamás el premio,
 y odio, loco de idealismo, la razón útil y seria:
 ¡Caballero soy del hambre, de la risa y la miseria!
 Y aunque se oigan los lamentos de mi espíritu que llora,
 y aunque hiéráme en el alma lo prosaico de la vida,
 ¡siempre triunfan los arpeggios de mi risa redentora!,
 ¡siempre brotan rojas flores de la sangre de mi herida!

ooo

Aborrezco la rutina de las formas anticuadas,
 aborrezco lo postizo de las glorias usurpadas,
 y al rugir los Aristarcos, en el aire vibra inquieta
 la sonora rebeldía de mis sueños de poeta.
 Y así, un poco iconoclasta y otro poco estrafalario,
 de tiranas academias mi buen gusto me emancipa,
 y persigo por el cielo, con afán de visionario,

las volutas caprichosas que hace el humo de mi pipa.
 Amo sólo de las cosas las ocultas relaciones,
 quiero, más que las ideas, las extrañas sensaciones:
 que el pensar es para el sabio y el sentir para el artista,
 en la ilógica doctrina de mi credo modernista.
 Por rebelde, sin abrigo en las noches invernales,
 vago en busca de una forma que vislumbro en lontananza,
 la esperanza que me nutre la acaricio y la bendigo
 porque mi alma soñadora se calienta de esperanza.
 Amo el gótico milagro de las viejas catedrales;
 la mayúscula historiada que se exhibe en los misales,
 la solemne melodía de los cantos gregorianos
 y el devoto panteísmo de los místicos cristianos.
 Y aunque sabios enfatuados, con afán científicista,
 hagan burla del misterio y me ordenen que no crea...
 ¡Jesucristo fué un poeta, fué un bohemio y un artista,
 y es muy dulce la doctrina del Rabí de Galilea!

ooo

Mi yantar tengo inseguro y las nubes son mi techo,
 pero guardo un gran tesoro de ilusiones en el pecho,
 y lucir puedo, orgulloso, la virtud y la entereza
 de llorar con mis ideas y reír con mi pobreza.
 Ilusiones y esperanzas son mi pan de cada día,
 y doliente y esforzado, sueño mucho, poco vivo;
 mas, merced á los favores de mi ardiente fantasía,
 si no vivo lo que sueño, sueño todo lo que escribo.

ooo

Abogado del absurdo, la embriaguez y el desatino,
 voy, tocado con mi fieltro que es mi yelmo de Mambrino,
 caballero sobre el ritmo de mi verso resonante
 como el loco Don Quijote galopaba en Rocinante.

Sin que logre doblegarme la esquivez de mi fortuna,
 que la fuerza de mi ensueño es más fuerte que mi suerte,
 voy diciendo mis endechas amorosas á la luna,
 caminito de la vida, caminito de la muerte.

ooo

Vivo solo, pobre, altivo.
 Si no vivo lo que sueño, sueño todo lo que escribo.
 Siempre en busca de una forma
 que de mi arte ha de ser norma,
 la querida,
 la soñada,
 la que es siempre perseguida,
 la que nunca es alcanzada,
 voy errando,
 voy vagando,
 siempre en lucha con la suerte,
 siempre esquiva la fortuna,
 voy diciendo mis endechas amorosas á la luna,
 caminito de la vida, caminito de la muerte.

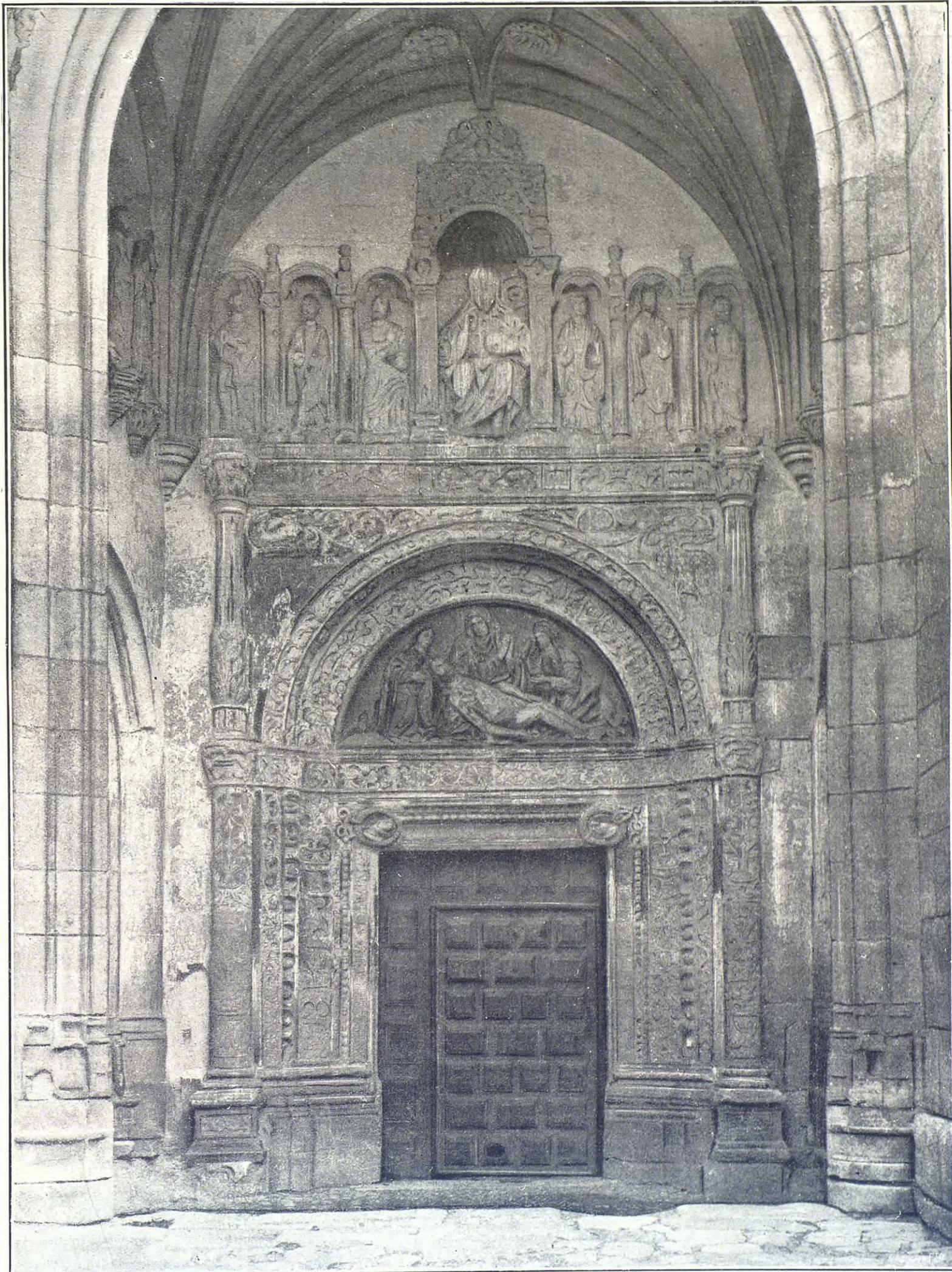
ooo

Mi bohemia se alimenta
 de las cosas que le cuenta
 mi exaltada fantasía,
 y orgulloso de mi ensueño, de mi amor y mi poesía,
 soy un rey lleno de andrajos, soy hampón con hidalguía,
 y tranquilo y resignado, todo espero y nada quiero,
 ¡porque el hambre y la miseria me han armado caballero!

FELIPE SASSONE

DIBUJO DE BARTOLOZZI

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PÓRTICO LATERAL DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE ZORITA DEL PÁRAMO (PALENCIA), CON PROLIJA Y RICA ORNAMENTACIÓN PLATERESCA

FOT. LUIS R. ALONSO

FIESTA BENÉFICA EN EL ESCORIAL



Reproducción del famoso cuadro de Fortuny "La Vicaria", en el sainete "Comediantes y toreros", interpretado por distinguidos jóvenes de ambos sexos de la colonia veraniega de El Escorial, en la fiesta benéfica celebrada recientemente en dicho Real Sitio, bajo la dirección del notable escritor D. Javier Cabello Lapiedra

UNA bella fiesta artística de carácter benéfico ha sido celebrada por el elemento joven de la colonia veraniega del Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial, bajo la dirección del muy notable escritor D. Javier Cabello Lapiedra. La fiesta, verificada en el Teatro, ha sido á beneficio de las instituciones de caridad denominadas «Mutualidad maternal» y «Sindicato obrero».

El programa que ha consti-



Una escena de la obra de Martínez Sierra, "Canción de cuna", representada en dicha fiesta

tuido el acto artístico, ha sido por extremo selecto y exquisito, y tanto el Sr. Cabello por su dirección, como los jóvenes intérpretes por el acierto con que han llenado su cometido, fueron objeto de numerosos aplausos y felicitaciones. Componíase el programa, de escenas de «Canción de cuna» y una reproducción viva del célebre cuadro del famoso pintor Fortuny, titulado «La Vicaria», cuyo fondo de decoración mereció también grandes elogios á sus autores, los artistas Sres. D. Luis María Cabello y D. Luis Martínez Feduchy.

Tomaron parte en las escenas de la obra del insigne Martínez Sierra y en el «cuadro vivo» de Fortuny, las más bellas y distinguidas señoritas de la colonia, quienes por

su gracia, su elegancia y ductilidad é inspiración artística, contribuyeron á la mayor brillantez y éxito de la fiesta.

De todas se distinguieron notablemente las Srtas. María Josefa Baldasano, Rosario Muro, Maribel y María del Pilar Castro, María Fe, Carmen y Concepción Poggio, Pepita é Isabel Viciana, María Teresa Gramundi, y otras que la falta de espacio nos priva del gusto de citar.



SRTA. CARLOTA GARCÍA PALENCIA

En el papel de "La Marmota", en el sainete "Comediantes y toreros"



SRTA. ROSARIO MURO

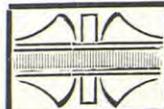
En el papel de "Pep'ta Rios" y D. Xavier del Arco, en el mismo sainete

FOTS. HERNÁNDEZ BRIZ Y QUESADA

ARTE MODERNO



EL COFRECILLO TRÁGICO, dibujo de Xavier Güell



UNA FEDERACIÓN DE SOCIEDADES



El día 8 de Septiembre cumplieronse sesenta años de la fundación de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires. Nació esta Sociedad en una tertulia de españoles emigrados. A mediados de 1857 se reunían, durante las primeras horas de la noche, en la tienda de campo que poseía en la calle de Rivadavia D. Manuel López Pazos, unos cuantos compatriotas, todos de posición modesta. Comenzaba entonces el desenvolvimiento económico de la Argentina y era muy reducida allí la colonia española. Nuestra emigración se encaminaba por aquella época á Cuba y Puerto Rico, que eran como una prolongación del propio hogar, y, en segundo lugar, á Méjico, que atraía á los enamorados de la vida aventurera.

Un olvidado economista, D. José María Bayo, propagaba entonces por Sur América, las doctrinas mutualistas, en las que se ponía la fe de toda una redención social, é imbuido en estas doctrinas uno de los contertulios de la tienda de López Pazos, llamado D. Felipe Muñoz, concibió la idea de agrupar á los españoles en una Sociedad de Socorros Mutuos. Convencidos los amigos que allí se reunían de la posibilidad de crear la Asociación, decidieron á buscar adhesiones entre sus compatriotas. Al cabo pudo celebrarse una especie de junta preparatoria en la sala de un teatro, á la que concurrieron unos sesenta españoles. Comenzó á funcionar la Sociedad gracias al médico doctor Ayerza, que prestaba sus servicios gratuitamente, y gracias al boticario doctor Arizabalo, en cuya farmacia se daban de balde las medicinas á los asociados.

Y he aquí cómo se desenvuelve esta Asociación. Se advierte mejor colocando las cifras gráficamente :

Tiene en 1858.....	57 socios.
» » 1880.....	2.291 »
» » 1890.....	7.809 »
» » 1910.....	8.289 »
» » 1916.....	20.355 »

Se advierte la grandeza de esta obra benéfica viendo el palacio que ha llegado á construir, y con el que consolidará una buena renta, y el panteón, con 2.765 nichos, que posee en el cementerio del Oeste; se comprueba con el hecho de que el número de enfermos asistidos en el pasado año haya sido de 99.657; pero, sobre todo, lo que da idea de la labor admirable de la Asociación es el número y la cuantía de las pensiones que paga: unos 70.000 pesos en el último año á enfermos crónicos, ancianos y á otros convalecientes con residencia en España.

Completan esta obra benéfica el funcionamiento de un Consultorio jurídico y de una Sección de Seguros y Ahorros Mutuos. Quiquiera conozca algo la organización de las empresas de



Magnifico edificio de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires



Panteón con 2.765 nichos, construido en el cementerio del Oeste, de la capital de la República Argentina, por la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires

seguros, se maravillará de que en la organizada por la Asociación Española de Buenos Aires se devuelva todo cuanto hubiere pagado el asegurado hasta el día del fallecimiento, si éste ocurriese antes de transcurridos los cinco años del seguro, mientras que al término de la póliza, que es de doce años, se devuelven 1.000 pesos por cada 725 que hubiese pagado el asegurado, y si el fallecimiento ocurriese después de los cinco años y antes de los doce, se paguen también 1.000 pesos por póliza. El asegurado puede utilizar su póliza para garantía de contratos, etc.

Admiramos estas obras que los españoles emigrantes realizan en Buenos Aires, en la Habana, en San Juan de Puerto Rico y en tantas otras ciudades del Continente americano. Precisamente esta Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires ha sido como semilla fecunda, porque ha servido de ejemplo para muchas otras similares que se han creado en la Argentina y en las demás Repúblicas americanas. Acaso debiera completarse su obra iniciando la Federación de todas estas Sociedades hispanoamericanas, porque, unidas, pudieran establecer un intercambio de ideas y de proyectos, de facilidades para crear Bolsas de Trabajo, organizaciones jurídicas de amparo, cajas para re-emigraciones, y, sobre todo, crear una personalidad jurídica para comparecer ante la madre Patria y pedirle amplias rectificaciones en su política ultraterritorial, que son urgentes y necesarias.

Confesemos que cada día se alejan más de España las Repúblicas americanas. Sobre todo la Argentina quiere, noble y legítimamente, tener personalidad propia, ser raza propia, polo sur de la República yanqui. Hasta aquí, España no ha sabido hablar sino como madre, con palabras de tutela, con alardes de superioridad. Es necesaria una nueva política; política de convivencia y de igualdad, de mutualidad de afectos y de intereses. Nadie puede realizar esta política más que las colonias hispanas; por eso España necesita conocerlas y organizarlas; amparar su vida y proteger sus Sociedades. No basta un diplomático que represente á la Patria; es preciso que la representen también todos los españoles que residen fuera de ella; es preciso que conservemos la nacionalidad de todas las ramas que van naciendo en los viejos troncos españoles que allí se trasplantaron. Para lograr esto acaso baste realizar la Federación de las Asociaciones similares. Inicie la de Socorros Mutuos de Buenos Aires la de las Benéficas; seguirían, seguramente, las Patrióticas, y las Regionales, y las de Recreos. Se concretaría así todo el mundo español emigrado en unos cuantos Consejos Superiores que podrían pedir á la Patria lo que ésta no acierta á hacer porque las manos que la dirigen son torpes, rutinarias y mezquinas.

AMADEO DE CASTRO

DE NORTE A SUR

Baudelaire ó el veneno literario

Ha pasado casi inadvertido el cincuentenario de la muerte de Carlos Baudelaire. Francia misma se ha limitado á unos discursos fríos y enfáticos frente al mausoleo que esculpíó Char-moy en el cementerio Montparnasse, y á unos cuantos artículos dispersos y anecdóticos.

Y, sin embargo, Baudelaire merecía bastante más atención á pesar de la guerra, que ha venido á cambiar desde fuera el alma de Francia. Digo desde fuera, porque todo lo que ha contribuído al magno espectáculo de heroísmos, energías y sacrificios franceses frente al inverso espectáculo de Alemania, pudo parecer, desde el otro lado de las fronteras topográficas é intelectuales, improvisación de un espíritu inédito y rectificación del espíritu anterior. Pero los que conocen á Francia lo suficiente para amarla y disputarla como la primera de todas las naciones, saben que nada hay de improvisado ni nada se rectifica en su ejemplo actual. Sonreímos de ese pedante concepto de una Francia reaccionaria y militarista que profetizan los emboscados y los «civiles» de la burocracia, del agiotismo y de la literatura á lo Barrés y á lo Bourget. Sonreímos también de los que la insultan por lo que constituye su medula verdadera y de los que apoyan la falsa leyenda de un futuro tan hipócrita como una fe de erratas. Para llegar á semejante resultado hubiera sido inútil esta guerra á la guerra que hace la gran nación. Afortunadamente los modeladores de la Francia venidera son los que ahora están en el frente, y tornarán como Cristo, con un látigo en la mano, para expulsar mercaderes, y con un manantial de amor en el corazón para saciar la sed de la Humanidad.

Y entre ellos lo mismo figuran sacerdotes católicos que universitarios escépticos, campesinos de una recia contextura física, que ex bohemios del Montmartre de las estudiantas rusas, los bebedores de éter y los bisnietos del diablo y nietos espirituales de Baudelaire y de Verlaine.

ooo

A Baudelaire se le ha mixtificado más allá de sus voluntarias mixtificaciones.

Se obstinan muchos en no verle sino á través de las gafas tartufescas de aquellos magistrados que prohibieron, por obscenas, seis composiciones de *Les fleurs du mal*. Lejos de comprenderle el domador de

la ménagerie infame de leurs vices,

hablan en voz baja de la mulata Juana Duval y de la pasión malsana que obligó al poeta á darle su cerebro como una voluptuosidad más. Se habla del Baudelaire alcohólico, eterómano, haschischiano, del hombre roído por las deudas y por las enfermedades vergonzosas, y no se quiere pensar en aquel profesional del dandys-



“La mujer sin nombre”
DIBUJO DE BAUDELAIRE

mo, en el trabajador infatigable y en el poeta que escribe *El alba espiritual*:

Quand chez les debauchés l'aube blanche et vermeille
entre en société de l'Idéal songeur.
Par l'opération d'un mystère vengeur
dans la brute assoupie un ange se réveille.

Este ángel se ha despertado muchas veces en él y le volvieron las espaldas quienes podían acogerlo y acariciarlo. Un terrible *ananké* pesa sobre Carlos Baudelaire. Toda su vida se exalta y se consume en amor. Todo su arte es un esfuerzo desesperado de elevación. Y, no obstante, nadie parece más alejado que Baudelaire de las emociones puras, de los olvidos inefables; ningún arte se ofrece tan llagado de podredumbre, tan enloquecido de bajas concupiscencias.

¿Pero acaso no es este contrasentido el retrato psicológico de la moderna neurosis que aflige á todo el siglo diez y nueve?

Sagrado respeto hay para Baudelaire en la Francia coetánea suya. La misma *Revue de Deux Mondes*, tan sesuda, tan literariamente ortodoxa, tan respetuosa de su público grave, lanza diez y ocho composiciones de *Les fleurs du mal*. Víctor Hugo, el pontífice entonces, le dice: «Vous avez doté le ciel de l'art d'on ne sait quel rayon macabre; vous avez créé un frisson nouveau.» Flaubert afirma: «Vous avez trouvé moyen de rajeunir le romantisme. Vous ne ressemblez à personne, ce qui est la première de toutes les qualités.» Barbey d'Aureville evoca el recuerdo de Dante, del Dante que habló de poner en su obra «el jugo más amargo de su alma».

Van el dolor y la lujuria, como las aguas malditas de un río sombrío donde flotasen cadáveres, por las páginas de *Las flores del mal*, de *Los paraísos artificiales*, de *Mi corazón al desnudo*.

Los acomodaticios, los arraigados, los felices y los ineficaces no comprenden toda esta angustia baudelariana. Cierran los ojos para no ver el puño crispado de Abadon retando á la divinidad; cierran sus balcones y también sus oídos para no oír el clamor de los miserables; tiemblan de abrir las páginas donde se verán desnuda la conciencia.

Y para justificar de un modo despreciativo todo esto que sugiere la obra de Baudelaire, se cita el «veneno literario».

El veneno literario existe, claro es. Pero en Baudelaire menos que en ningún otro escritor, aunque pueda parecer una paradoja la afirmación. Si se entiende por veneno literario la insinceridad, la falsificación de los sentimientos, la morbosa obsesión de no parecerse á los hombres normales y vulgares, sería injusto calificar á Baudelaire de envenado por la literatura. Si por veneno literario se entiende precisamente todo lo contrario: la suicida necesidad de ser sincero, la impúdica, á fuerza de tan leal, expresión de los sentimientos; la dolorosa hambre de afecto, de aliento, de fraternidad, en fin, que lleva á los escritores hacia los seres normales y vulgares para poder vivir. Baudelaire fué el más mortalmente inficionado de ese veneno.

Porque desde que su padre, el sexagenario Francisco Baudelaire, le hablaba de estética á los seis años en Luxemburgo, hasta que su madre acudió á él, tardíamente, para verle morir paralítico el 31 de Agosto de 1867, la literatura fué el bálsamo y el tormento alternados de la vida triste del poeta.

Se refugiaba en la literatura como un desahuciado en la clínica de un especialista, como un creyente en el confesonario. Y allí desvendaba las úlceras de su cuerpo y vertía las heces de su alma. Y siempre de un modo magnífico, deslumbrador, cual un excelso prestidigitador que cambiara en gemas rutilantes objetos ruines.

Viaja por senderos hostiles, y dos figuras de mujer le contemplan impasibles cómo va hacia un corte vertical: su madre y su amante.

Carolina Dufays, la que después había de ser generala Aupick, desvalió su infancia de cariño. Juana Duval, la Venus Negra, la que había de morir en un hospital, gangrenó su juventud, le dió á su arte ese hábito de fiebre y de prostíbulo que espanta á los hipócritas. El amor á la madre, un amor melancólico y dulce que retoña en sus angustias de dinero, en sus cabalgadas de ideal, en sus amaneceres de una noche crapulosa, encontró siempre la indiferencia; el amor



BAUDELAIRE

ardoroso, agotador, á la Venus Negra, fea, viciosa, enferma y acuciada de todas las malas pasiones, fué menos correspondido aún...

Y todavía algo más horrible, algo que debía hacer respetable la memoria de Carlos Baudelaire á todos los escritores, incluso aquellos que no conocen la tortura cotidiana de enviar á la compra y entregar al casero y al zapatero y al sastre pedazos de cerebro; aquellos que la fortuna personal ó la casualidad libértó de escribir sobre ajenos recibos.

Baudelaire, como Verlaine—ya que ambos representan mejor el alma de la Francia moderna que un Víctor Hugo rimbombante, un Vigny frío ó un Gautier malabarista—, conoció esa suprema crueldad social del hombre célebre que ha de comerse su corazón y sus sesos guisados en las cuartillas.

«La literatura es antes que todo: antes que mi estómago, antes que mi placer, antes que mi madre»—escribe en cierta ocasión.

A fines de 1852, en plena tarea de traducción de las obras de Edgardo Poe y del estudio que escribió sobre el poeta yanqui, tan próximo á su alma, escribía á Veron: «Todos, absolutamente todos, mis libros, manuscritos y muebles, han quedado en prenda para el pago del último alquiler de la casa.»

Y en 1859 escribe á Félix Nadar: «Cuando vaya á tu casa te dará lástima oírme hablar de mis penas que se acumulan. Creo sinceramente que, excepto para un pequeño grupo de jóvenes inteligentes (ricos y sin familia!) que no saben hacer uso de su felicidad, la vida debe ser un perpetuo dolor.»

ooo

No. Decididamente no se puede tolerar que se hable con desdén ó con escándalo de Baudelaire. No se puede consentir que, á propósito de Baudelaire y de esta guerra, se falsee el porvenir de Francia. Porque los llamados á crear ese porvenir son los que ahora se batan en las trincheras, y entre ellos hay muchos nietos espirituales de Baudelaire, que hicieron su aprendizaje literario en los cenáculos generosos y tristes de Montmartre.

José FRANCÉS

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



AL VUELO

QUE el sugestivo tango sea mi cómplice!

- ¿Para qué?
- Para que pueda rezar en su oído todo lo que yo la quiero, rubita.
- ¿Y si pierde usted el compá?
- Con tal de que no pierda el tiempo...
- ¿Qué gracioso! ¿No teme usted á que se entere Marisa?
- No nos oye.
- Pero no deja de mirarnos.
- Confieso mi inconstancia, pero usted tiene la culpa.

- ¿Yo?
- Emana su exquisita figura un no sé qué, un aroma, una gracia...
- Eso son flores...
- Eso es verdad!
- Digo que eso son «FLORES DEL CAMPO», admirables creaciones de la PERFUMERÍA FLORALIA.
- ¿No se ría usted así!
- Lo hago para enseñar mis dientes, impecables, gracias al OXENTHOL.

- ¡Oh, y no dé usted las vueltas tan de prisa, que vamos a fatigarnos!
- No tenga usted miedo. Conozco también la loción higiénico-desodorante SUDORAL, que purifica el sudor y no lo hace peligroso.
- Pero...
- Hay toses, ruido de champagne, luz, animación, alegría mientras el tango sigue más pintoresco cada vez.